

GLADIUS

Estudios sobre armas antiguas, armamento, arte militar
y vida cultural en oriente y occidente
XXVI (2006), pp. 19-60
ISSN: 0435-029X

LAS PRIMERAS PRODUCCIONES DE ANTENAS DE LA MESETA. PATRONES DE INFLUENCIA Y DESARROLLO MORFOLÓGICO DE LAS ESPADAS DE TIPO ECHAURI/QUESADA II

POR

GUSTAVO GARCÍA JIMÉNEZ*

RESUMEN - ABSTRACT

En este artículo se analizan las espadas de antenas de tipo Echaury/Quesada II a partir de la revisión detallada y comparada de algunas piezas conocidas. Su estudio morfotécnico y la incorporación de ejemplares inéditos o poco estudiados nos dará pistas sobre su relación de procedencia con el foco aquitano y nos permitirá distinguir cuatro grupos diferenciados dentro del tipo. Se prestará atención a la forma de las hojas, antenas, guardas y elementos decorativos, pero será la vaina enteriza de estas espadas la que llevará el peso fundamental de la clasificación.

In this article the antennae sword type Echaury/Quesada II will be analysed starting from a detailed and compared revision of some known pieces. Their morfotecnical study and incorporation of unedited examples or examples that have not been studied in depth, will give us some clues about its relationship of origin with the aquitaine focal point and will enable us to distinguish four differentiated groups within this type. Attention will be paid to the form of the blades, antennae, guards and decorative elements, however it will be the long whole scabbard of these swords that will carry the fundamental weight of the classification.

PALABRAS CLAVE - KEYWORDS

Espada de antenas. Vaina. Segunda Edad del Hierro. Meseta. Aquitania.
Sword of antennae. Scabbard. Second Iron Age. Meseta. Plateau Aquitaine.

1. INTRODUCCIÓN

La investigación anterior: las espadas de tipo «Echaury»

Como para la mayoría de las armas típicas de la Meseta Oriental, el honor de los primeros hallazgos de espadas del que desde mediados del siglo XX se vendrá denominando como «tipo Echaury» le corresponde al Marqués de Cerralbo. En 1916 publicaba ya el Marqués algunas de las piezas que halló en Aguilar de Anguita (Aguilera, 1916: 24; Fig. 10 izquierda, correspondiente al n.º de inventario 1940/AA/1915 del M.A.N.), aunque rápidamente se centró en otras espadas de antenas de mayor interés ornamental por la novedad que suponían, preocupándose también de paso por su evolución hacia modelos más recientes, que creía descendientes de estas, como las espadas La Tène. Otros hallazgos suyos, como los correspon-

* Gustavo García Jiménez. C/ Miquel Rosset, 33-17488 Cadaqués (Girona) - gust_mei@hotmail.com

dientes a los ejemplares de La Olmeda o el Tesoro de Carabias (Requejo, 1978: 51) no llegó ni siquiera a publicarlos. Por aquel entonces fueron también excavadas por R. Morenas de Tejada las necrópolis de Gormaz (Lorrio, 2005: 142), de donde hoy sabemos proceden tres ejemplares de este tipo de espada.

Pronto apareció, de la mano de H. Sandars, un primer esbozo de distinción tipológica en su precoz obra sobre el armamento ibérico, basada principalmente en las investigaciones de Cerralbo. Sandars llegó a separar el tipo de otros ejemplares indicando su mayor antigüedad a partir de los evidentes remates «en forma de seta» de sus antenas (Sandars, 1913: Lám II, 2), e incluso acertó a argumentar su procedencia ultrapirenaica, además de captar ya entonces el importante detalle de la inusual, comparada con el resto de espadas de antenas, vaina enteriza con contera cuadrada de uno de sus ejemplares (Sandars, 1913: 20 y Fig. 5).

Algo más tarde, Pere Bosch Gimpera dio a conocer un lote de armas y herramientas de hierro procedentes de la localidad navarra de Echauri, material que conservaba el Museo de Comptos de Navarra, aunque sin indicación alguna del contexto de hallazgo (Bosch Gimpera, 1921: 248). En este lote es donde apareció la pieza epónima del tipo (Fig. 1).



Fig. 1. Espada con restos de vaina procedente de Echauri (Navarra), que dio nombre a este tipo de espada en la terminología de Cabré. Museo de Navarra.

Otros hallazgos se fueron sucediendo con el tiempo (casi en su totalidad en necrópolis excavadas por Juan Cabré y Blas Taracena¹ en la zona oriental de la Meseta Norte; la misma región en las que halló la mayoría de los ejemplares el Marqués de Cerralbo), hasta que en 1969 W. Schüle incluyó buena parte de las piezas por entonces conocidas en su obra magna sobre la cultura de la Meseta (Schüle, 1969: 95-96; lám. 6, 14 y 69), agrupándolas en conjunto a partir de sus antenas «en forma de seta» (*Pilzantenne*), su hoja de nervio débil y su vaina «en forma de espátula» (*Spatelscheide*) aunque otorgándoles una fecha un tanto antigua (Cfr. Quesada, 1997: 207). La clasificación de Schüle ayudó a discernir las principales directrices de identificación del tipo, aunque de forma algo vaga y acumulando los acostumbrados problemas al reflejar sus ejemplos en dibujos derivados de fotos realizadas por el Marqués de Cerralbo y J. Cabré, con los errores de perspectiva y escala que ello comporta.

Pese a tener cierta continuidad en algunos autores (Lenerz, 1991; aunque centrada en aspectos ornamentales que él no había abordado, y sobre todo, Stary, 1994), la mayoría han seguido otra línea de investigación distinta: la encabezada por M.E. Cabré de Morán. En efecto, la verdadera distinción tipológica y sistematización de los hallazgos se la debemos a esta autora, quien ya en 1956 encunó el término que se ha venido utilizando hasta la actualidad en relación con el hallazgo navarro, supuestamente el más antiguo (Cabré de Morán, 1956: 755). En sus obras posteriores (Cabré de Morán, 1990; Cabré de Morán y Baquedano, 1991 y 1997) desarrollará dicha clasificación tipológica, advirtiéndole a su vez de la cronología antigua e influencia aquitana de las espadas de tipo «Echauri», de su convivencia con su tipo «Aguilar

¹ Atienza (Cabré, 1930); La Mercadera (Taracena, 1932), ambos insistiendo en que las piezas constituían el tipo «predominante en la necrópoli de Caravias» (Taracena, 1932: 11; Cabré, 1930: 19).

de Anguita» y su perduración en el siglo IV a.C., a juzgar por algunas piezas datables de Quintanas de Gormaz (Cabré de Mor n, 1990: 209). Desde entonces, la mayoría de los autores que han hablado de este tipo de espada han seguido el esquema de caracterización de Cabré. Así, por ejemplo, Alberto Lorrio asimila en sus obras sobre armamento celtibérico (Lorrio, 2005: 156-181; en último lugar: Lorrio, 2002) los diversos tipos de espadas de antenas a partir de aquel patrón y sitúa los ejemplares de tipo «Echauri» en sus fases IIA1 y IIA2 del Alto Tajo-Alto Jalón y IIA del Alto Duero, entorno a los siglos V y IV a.C.

En la misma línea, el trabajo de Fernando Quesada, aunque dedicado al armamento ibérico y pese a estar el tipo «Echauri» por completo ausente en su territorio (Quesada, 1997: Fig. 118), dedica importantes esfuerzos a clarificar la complicada tipología de las espadas de antenas de la Segunda Edad del Hierro y propone otra denominación para este tipo de espada (su «tipo II»), puesto que, según este autor, la clásica denominación acarrea algunos problemas geográficos (Quesada, 1997: 204 y 207); aspecto con el que estamos por completo de acuerdo. En efecto, la muestra hasta ahora existente indica que se trata de un tipo de espada t pico de la Meseta Oriental (Fig. 2), y el ejemplar de Echauri, como trataremos de demostrar más adelante, pertenece no a su grupo t pico sino a una variante algo anterior o de transición. Es por ello que en adelante denominaremos a este tipo de espada de antenas como «Quesada II» aun refiriéndonos al mismo tipo que Cabr  de Mor n bautizó como «Echauri» y siendo conscientes de la dificultad que supone sustituir el patrón mental más sencillo.

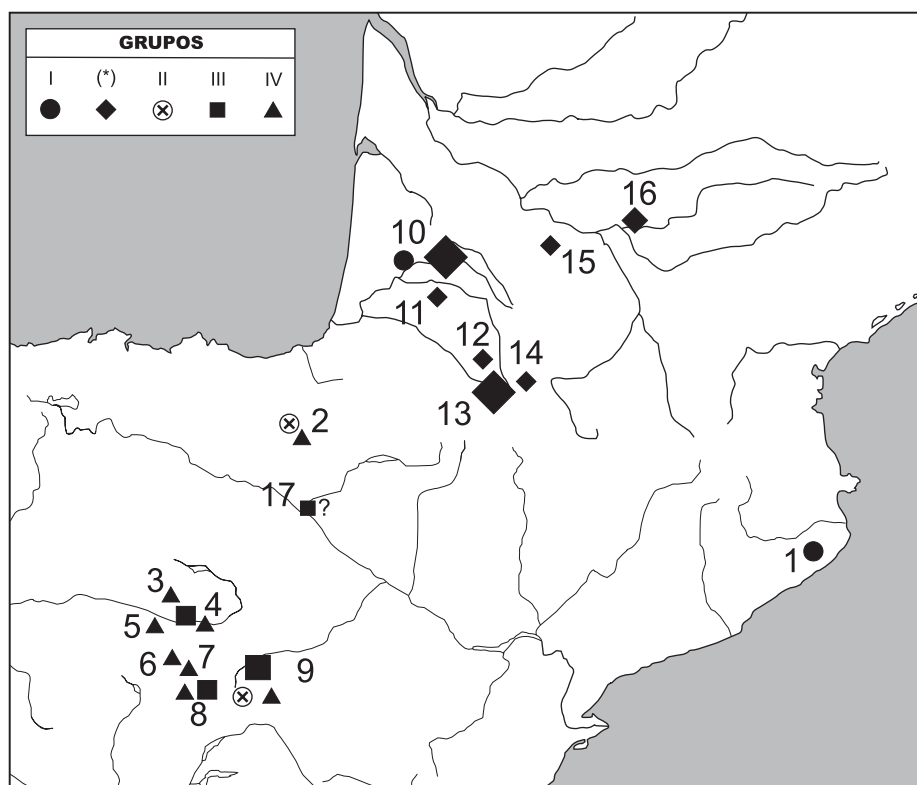


Fig. 2. Dispersión de las espadas de tipo Quesada II y emparentadas. 1: Llagostera; 2: Echauri; 3: La Mercadera; 4: Gormaz; 5: Carratiermes; 6: Altillo de Cerropozo; 7: La Olmeda; 8: Carabias; 9: Aguilar de Anguita; 10: Mont-de-Marsan; 11: Aubagnan; 12: Ossun; 13: Pontacq; 14: Avezac-Prat; 15: Larresingle; 16: Cayrac; 17: Castillo de Castejón. (*): Ejemplares del suroeste francés emparentados con el Grupo I.

Morfología y partes de la espada de tipo Quesada II (Fig. 3)

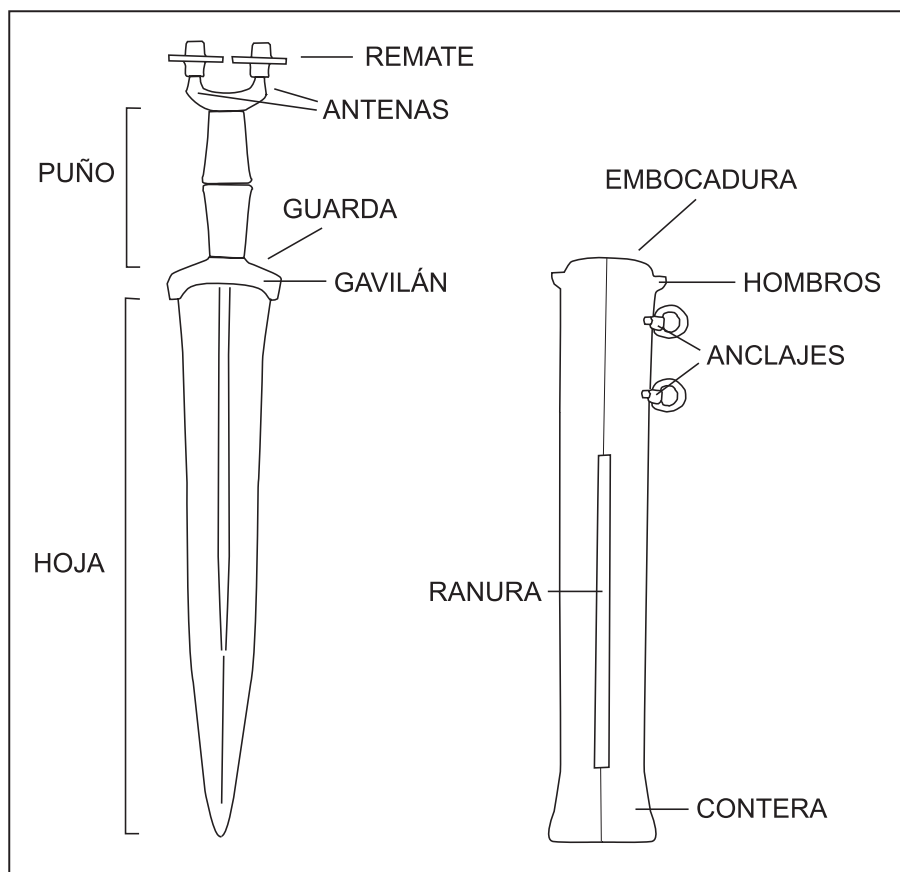


Fig. 3. Partes de la espada de tipo Echauri/Quesada II y su vaina.

La espada de tipo Quesada II es una espada de antenas, y como tal responde al mismo esquema de fabricación que la mayoría de estas. La hoja, generalmente corta, de doble filo, con ejes normalmente rectos y en ocasiones con nervio central, se prolonga en una espiga que compone el esqueleto de la empuñadura. Esta se estructura a partir de dos cilindros de hierro huecos generalmente troncocónicos que, envolviendo por completo unas cachas de materia orgánica, se sujetan a la espiga. La guarda de la espada es siempre curva (con mayor o menor grado de curvatura), al igual que el pomo, que toma forma de antenas bastante desarrolladas y termina en sendos remates con disco central de gran diámetro.

Acompaña a esta espada, siempre que se conserva, una vaina enteriza de hierro fabricada a partir de dos piezas y de morfología también muy característica. La embocadura es curvilínea y transita de forma abrupta a unos hombros rectos que sobresalen de los ejes laterales de la vaina y que sirven para recibir los extremos o gavilanes de la guarda. El resto de la vaina es prácticamente recto, hasta llegar a la contera, que a veces se abre sensiblemente y siempre termina en horizontal. Otro rasgo característico de la vaina es la ranura central longitudinal que conserva en buena parte de su recorrido, tanto en el reverso como en el anverso. Generalmente, cuando la pieza está bien conservada, se puede observar cómo en el centro proximal y distal de dicha ranura arrancan unas líneas de sutura que llegan a la embocadura y la contera de la vaina y constituyen el punto de unión a través de una soldadura. Completan la

vaina las agarraderas laterales para las anillas (siempre dos o tres) que se encargan de su sujeción más o menos horizontal a través de una correa o tahalí de cuero que se colgaría del hombro del portador, del mismo modo que la mayoría de espadas ibéricas y celtibéricas.

Aunque estos son los patrones más habituales, veremos como en algunos de los grupos que distinguiremos más adelante se observan variaciones significativas en algunos de sus rasgos.

Hacia una definición de la influencia y desarrollo de las espadas de tipo Quesada II

El trabajo que aquí planteamos pretende estudiar las diferentes variaciones morfológicas de las espadas de tipo Quesada II a partir de su desarrollo tecnológico y pese a contar con el obstáculo de las deficiencias cronológicas en las dataciones de la casi totalidad de los ejemplares conservados.

Distinguiremos cuatro grupos dentro del tipo, algunos de los cuales son morfotécnicamente claros precedentes de los grupos más habituales de esta espada meseteña. Para ello, prestaremos atención a sus rasgos funcionales (en especial la longitud y forma de la hoja) y formales (guarda, antenas, remates, decoraciones...), pero el criterio principal de distinción vendrá definido no por la propia espada sino por su vaina. Afortunadamente, y al contrario que el resto de los tipos de antenas peninsulares, la espada de tipo Quesada II cuenta con una vaina enteriza de hierro, lo que constituye una clara ventaja para cualquier distinción tipológica².

Ya hemos visto como todos los autores que han estudiado este tipo de espada con anterioridad coinciden en su origen aquitano, puesto que es la vía más lógica de introducción de influencias de ejemplares de antenas a la Meseta y contamos con el ejemplar de Echauri justo en la vía de penetración³. De hecho, no vamos a discrepar de este punto de vista, sino que, al contrario, trataremos de explicitar cuáles fueron los modelos de antenas aquitanos que influenciaron sobre las producciones celtibéricas de este tipo y en qué consistieron las innovaciones realizadas por los artesanos meseteños sobre esos modelos. Indagar en el origen es necesario para llevar a cabo una secuencia evolutiva, así que recurriremos con frecuencia a trabajos de síntesis de gran envergadura sobre las armas aquitanas (Mohen, 1980) y trabajos recientes de gran interés como el de Dhennequin (Dhennequin, 1999) o el de Farnié y Quesada (Farnié y Quesada, 2005), este último centrado entorno a las espadas de antenas de la Primera Edad del Hierro peninsular.

Nada de ello sería de mucha ayuda sin un tratamiento metodológico adecuado. Desde nuestro punto de vista, resulta imprescindible la consulta directa de los materiales y su ejemplificación gráfica mediante criterios homogéneos en los que sean apreciables todos los detalles y sean contrastables todas las piezas a la misma escala. Puesto que algunos de los dibujos con anterioridad publicados contenían importantes errores o se prestaban a confusión porque en general se basaban en fotografías y mostraban las espadas desde ángulos parcialmente laterales, hemos decidido redibujar una importante muestra del material y mostrarlo en toda su longitud, para su mejor comparación, aunque los originales estén en ocasiones doblados a causa de los ritos funerarios⁴.

Por otra parte, contamos con la fortuna de haber podido estudiar materiales inéditos como la espada de Llagostera o algunos ejemplares de la colección Guttman que recientemente ha adquirido el Museo Arqueológico Nacional (Barril, 2004) que constituyen verdaderas piezas clave en cuanto a su relevancia evolutiva.

² Véase por ejemplo su aplicación en las espadas de tipo La Tène, con abundantísima bibliografía.

³ Cabré de Morán, 1990: 208-209; Cabré y Baquedano, 1997: 257 y mapa pág. 245; Quesada, 1997: 207; Lorrio, 2002: 75 y fig. 4; entre muchos otros.

⁴ Taracena, 1932: 8 y lám. IV ya hizo lo propio con la pieza de La Mercadera.

2. LA ESPADA Y SU ORIGEN AQUITANO: EL GRUPO I

La espada de Llagostera

En el año 1987, el recién inaugurado Museu de Llagostera, de la localidad del mismo nombre de la provincia de Girona, consiguió recuperar de colecciones privadas una serie de materiales entre los cuales se contaban algunas armas y otras piezas arqueológicas de gran interés.

Entre las armas, que hasta ahora permanecían inéditas, se encuentran dos puntas de lanza, un regatón, una espada de antenas y un fragmento de vaina de la misma espada (Fig. 4).

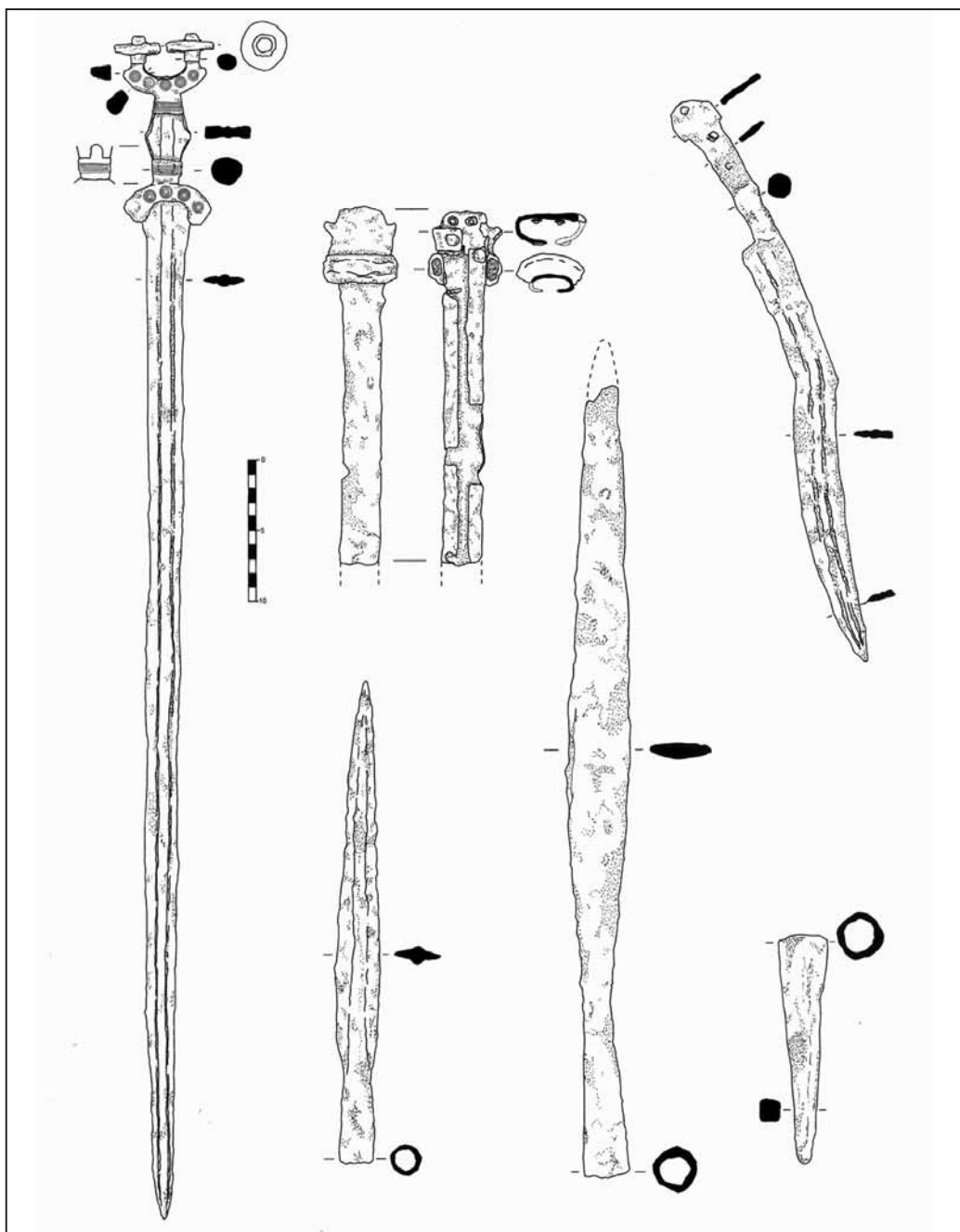


Fig. 4. Armas y cuchillo de hoja curva del Museu de Llagostera.

Según la información que facilitaron los anteriores propietarios del material, el lote procedía del poblado ibérico de Plana Basarda, de la vecina localidad de Sta. Cristina d'Aro (Pujol, 1989: 63), lo que no encaja en absoluto con el tipo de material hallado. Por el contrario, la espada está doblada por la mitad, y algunos de los materiales como las hebillas de cinturón, elementos de ornamentación y el cuchillo de hoja curva se explican mucho mejor en contextos funerarios. Por si fuera poco, existía entre el material un fragmento de vaso ático de figuras rojas que resultó encajar como una pieza de puzzle en uno de los vasos recuperados durante las excavaciones del Puig de Serra (Serra de Daró), vinculado al poblado del Puig de Sant Andreu de Ullastret. M. A. Martín y M. T. Genís (Martín y Genís, 1993: 6, nota 1; Sanmartí, 1991: 93) ya advirtieron de la actividad furtiva anterior e incluso simultánea a las campañas de excavación, y además mencionaban que la espada de Llagostera quizás pertenecía a dicho yacimiento. Otro de los elementos sospechosos es la escasez de armas en dicha necrópolis⁵ (Sanmartí, 1991: 94), lo que no es lo habitual en el contexto cultural anterior y posterior a la cronología de la necrópolis para la zona *indikete*.

Creemos que al menos la espada, la vaina y la gran moharra con regatón del lote de Llagostera pertenecieron a la misma tumba. Estas piezas y sus características tipológicas encajan con la cronología de la necrópolis, y podríamos situarlas sin problemas a inicios del siglo V a.C. También encajarían en el mismo periodo el resto de materiales (hebillas de cinturón de triple garfio, cuchillo grande de dorso anguloso, cerámicas...), algunos de ellos datables en fechas más recientes, aunque siempre dentro de la horquilla cronológica del yacimiento.

No obstante, conservamos la duda razonable de que quizás se trate de una panoplia que los furtivos de Llagostera hubieran adquirido a través de mercados de anticuarios, con los que contactaban habitualmente. Las características morfológicas de la espada, próxima al eje aquitano-navarro-meseteño y la presencia de restos de elementos ornamentales de tipo espiraliforme o el mismo cuchillo curvo levantan alguna sospecha sobre su procedencia, muy alejada de lo que suele verse en Ullastret.

Dejando de lado estas incertidumbres siempre presentes en materiales descontextualizados, nos centraremos en la descripción de lo que aquí nos interesa, que es la espada y su vaina:

La espada de Llagostera es sin duda la espada de antenas mejor conservada de Cataluña, y hoy por hoy la única que muestra algunos motivos decorativos. Se trata de una espada extremadamente larga (long. total de 84'3 cms.), de hoja recta con nervio central y sendas acanaladuras a los costados de este. La guarda es curva y ligeramente envolvente, con forma idéntica invertida en las antenas, que rematan en «forma de seta» (remate circular con apéndice central). La empuñadura se forma a partir de una lengüeta romboidal bastante ancha que constituye el esqueleto interno, y dos piezas tubulares de tendencia cónica que prolongan la guarda y las antenas sin llegar al centro de aquella. Una de las caras del cilindro de guarda conserva en su parte proximal una pestaña central en forma de «U» invertida. Al conjunto debieron unirse originalmente cachas de madera envolviendo la lengüeta, que obviamente han desaparecido con el tiempo.

La guarda (en ambos lados) y las antenas (sólo en uno de los lados) están decoradas mediante conjuntos de cinco grupos de cinco círculos concéntricos cada uno, distribuidos de forma uniforme en el arco. Los cilindros, a su vez, contienen dibujos de seis líneas envolviéndolos en las zonas cercanas, pero no lindantes, de su transición a las cachas de material orgánico. Ambos diseños están realizados mediante la técnica de damasquinado y conservan en su mayoría restos de los hilos de cobre que decoraban los surcos.

La espada se halla completamente doblada por su centro, con las antenas y la punta muy cercanas (Fig. 5).

⁵ Tan solo dos regatones (Martín y Genís, 1993: 41)



Fig. 5. Detalle de la empuñadura de la espada de Llagostera (Grupo I).

De la vaina sólo se conserva su parte proximal, cercana a la embocadura. La pieza mide 25 cms. de largo, y diferencia claramente su lado anverso del reverso. Uno de los lados tiene su embocadura completa, formando un arco coincidente con la curvatura inferior de la guarda de la espada. Sus hombros se separan en ángulo abrupto, lo que configura a este lado un aspecto muy semejante a las embocaduras de las futuras versiones, ya meseteñas, del tipo Quesada II. Cerca de la embocadura atraviesa una pieza horizontal tubular que no es otra cosa que la hembrilla de suspensión, cuyos extremos se ven al otro costado. En este punto la vaina se estrecha sensiblemente para permanecer perfectamente recta durante el resto de su recorrido.

El lado opuesto es bastante distinto, y presenta algunas fracturas. En vez de tener la embocadura curva, son sus hombros que se prolongan rectos hasta algo antes del eje central de la pieza, dejando así una abertura longitudinal que arranca desde el extremo proximal y se prolonga hasta el final de la pieza. Cerca de sus hombros conserva dos cabezas de remache de hierro (supuestamente dos a cada lado), mientras que en la parte interior del lado opuesto se soldó una fina placa de hierro con dos pequeños botones de bronce. Más adelante hablaremos de la funcionalidad de estas piezas.

El Hallstatt D en Aquitania y las vainas mixtas

No cabe duda de que la espada de Llagostera no sólo se separa claramente de las otras piezas de antenas catalanas, sino que lo hace también de las del resto de la Península (Véase Farnié y Quesada, 2005). Las espadas de antenas del nordeste se concentran principalmente en el Empordà, y se caracterizan por sus influencias mayoritariamente languedocienses, con empuñadura de espiga en vez de lengüeta. Las piezas de lengüeta peninsulares, por otra parte

(Farnié y Quesada, 2005: 130-131), no son generalmente de antenas y se alejan de los tipos norpirenaicos.

Si centramos entonces nuestra atención en los tipos aquitanos del Hallstatt D (finales s. VII-mediados del V a.C.), hallamos en cambio multitud de coincidencias, hasta el punto de que podemos afirmar una clara filiación aquitana para la espada de Llagostera. En primer lugar, está la lengüeta romboidal, rasgo característico de las piezas del suroeste francés, aunque habitualmente de triple placa y no de placa simple como es el caso⁶. Las guardas curvas con antenas curvas y remates discoidales, aunque no son la norma, también son frecuentes en Aquitania (Mohen, 1980: Pl. 123 - 1, 4, 5, 7, 8, 9 y Pl. 175, 3; Dhennequin, 1999: Fig. 3, 1) (Fig. 6), como también lo es la empuñadura de doble cilindro (Mohen, 1980: Fig. 24, 3) y las decoraciones en damasquinados de cobre (Dhennequin, 1999: 160) con formas de círculos concéntricos para las guardas y antenas (espada de Cayrac: Dhennequin, 1999: Fig. 3, 1; Mothen, 1980: Pl. 123, 17 y 18) y series de anillos para las cachas (Mohen, 1980: 64; con ejemplos en las mismas láminas). Incluso la forma y sección de hoja no es desconocida en las mismas sepulturas en las que coinciden estos rasgos. (Fig. 7).

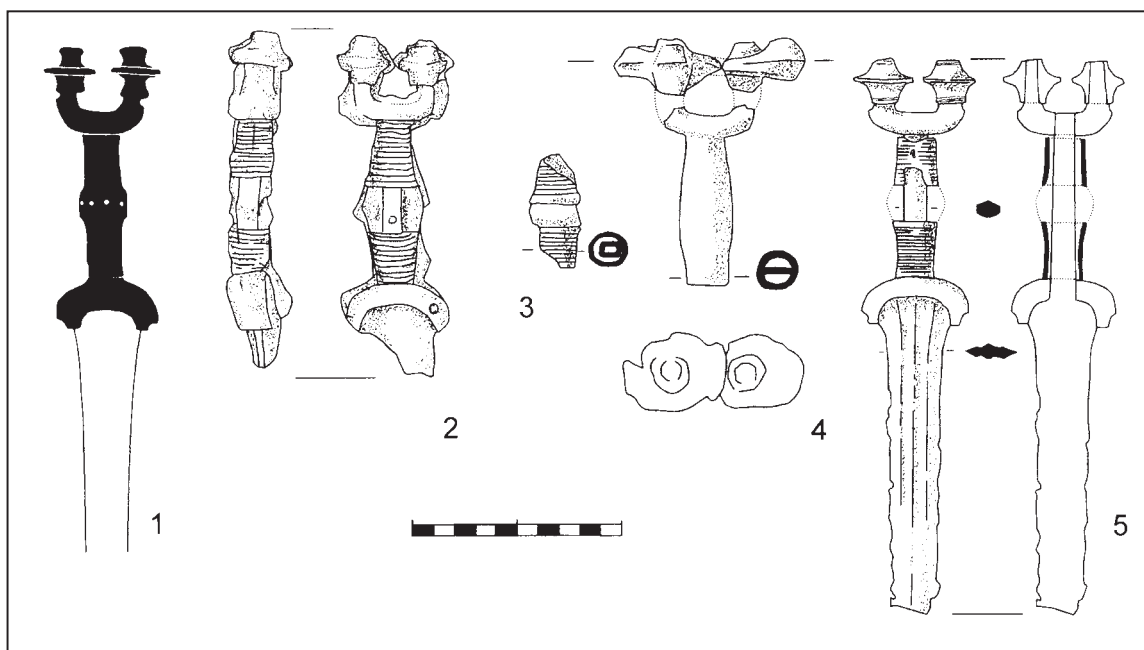


Fig. 6. Relación de las espadas de tipo Quesada II con piezas emparentadas del suroeste francés. 1: contorno de MAN 2003/114/1; 2-5 según Mothen, 1980; 2: Pontacq (Pl. 45, 4); 3-4: Mont-de-Marsan (Pl. 123, 5 y 6); 5: Larresingle (Pl. 175, 3).

⁶ Véase por ejemplo el tipo Quesada I («Arcachon» de Cabré de Morán) de la Meseta, que no es otra cosa que una pieza importada de Aquitania, con innumerables paralelos en esa zona (Cabré de Morán, 1990: 208-209; Quesada, 1997: 206-207).

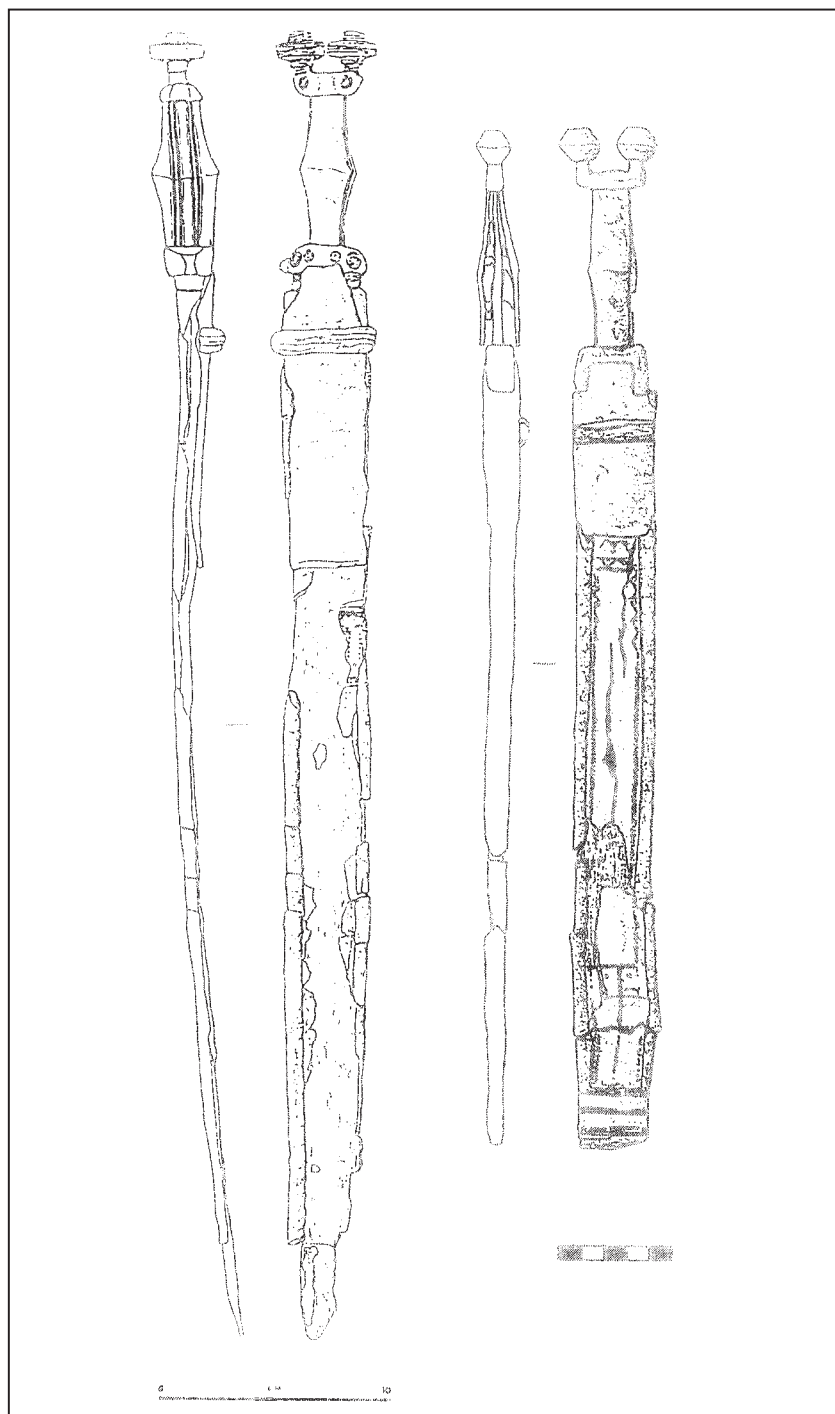


Fig. 7. Espadas del suroeste francés (según Dhennequin, 1999), emparentadas con el Grupo I. Izquierda: Tumba 136 de Cayrac (Fig. 3, 1); Derecha: Cayrac (Pl. 1, 3).

Lo que no es nada habitual es la longitud de hoja de la pieza de Llagostera⁷. Pese a no estar del todo ausentes entre las espadas de la Primera Edad del Hierro peninsulares (ejemplares de Camallera o Fila de la Muela; n.^{os} de catálogo 10 y 4 respectivamente de Farnié y

Quesada, 2005), no se trata en absoluto del valor habitual. Obviamente, es este de un tipo poco práctico por su excesiva longitud pese a la delgadez de la hoja, lo que impide su uso cortante al modo de las largas hojas de tipo La Tène, a la vez que la hace extremadamente débil (Quesada, 2000: 146). Ello quizás esté indicando un cierto interés por parte de los propietarios de las armas por el componente de prestigio por encima de su uso como instrumento bélico (Farnié y Quesada, 2005: 221 y ss.).

La vaina, por su parte, también tiene clara relación con los modelos típicos de finales de la Primera Edad del Hierro en el suroeste francés. En efecto, las vainas aquitanas del Hallstatt D (Dhennequin, 1999: 162-165) fueron incorporando, con el tiempo, elementos metálicos en hierro a medida que el conocimiento tecnológico del trabajo de este iba creciendo, en un proceso muy similar al que acabó generando las espadas La Tène en la zona centroeuropea (Rapin, 1999: 42-46). Así, si las vainas del Hallstat C sólo contenían un elemento en bronce (la contera), las del siguiente periodo incorporan un sistema mixto algo más complejo: la contera continúa fabricándose con la misma forma rectangular (con base recta), aunque ahora en hierro, pero lo que constituirá una verdadera innovación será otra pieza, la de la embocadura, que incluirá en uno de sus lados una hembrilla tubular en sentido horizontal (numerosos ejemplos en Mohen, 1980:65 y Pl. 47, 97 y 123) (Fig. 8). El espacio intermedio entre la embocadura y la contera lo cubrirán sendos carriles laterales estrechos (armazones de hierro) situados a los laterales que se utilizarán para sujetar las placas de cuero⁸ que constituyen el cuerpo de la vaina. En ocasiones (Fig. 7, derecha) el anverso conserva en vez de una placa de cuero una fina lámina de bronce decorada que, como veremos, tiene continuidad en modelos posteriores.

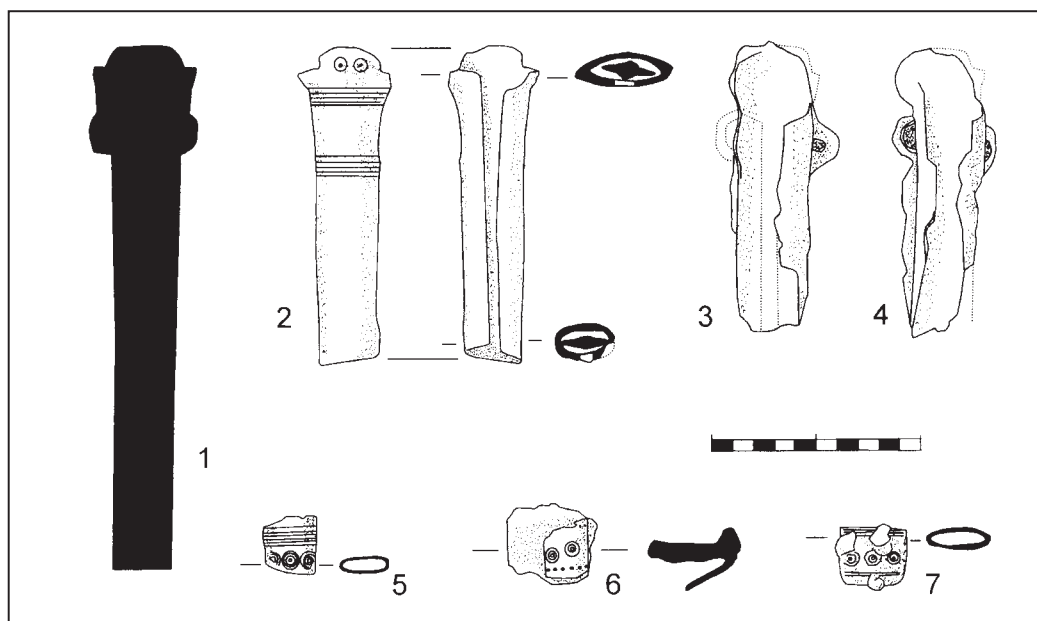


Fig. 8. Parentesco de las vainas originales del tipo Quesada II con ejemplares del suroeste francés. 1: contorno de la embocadura de la vaina de Llagostera. 2-7 según Mohen, 1980- 2-4: Embocaduras de vaina de Mont-de-Marsan (Pl. 123, 12 y 13); 5-6: conteras de Mont-de-Marsan (Pl. 123, 17-18); 7: contera de Ossun (Pl. 97, 12).

⁷ Una espada de antenas de tipología similar con empuñadura de espiga y decoración en anillos damasquinados en bronce en las cachas, procedente de Donges (Loire Inferior) fue publicada por J. Dechelette en 1927: 231 y Fig. 286. El ejemplar medía 95 cms de longitud.

⁸ De madera, según Dehnequin, 1999: 165 y Mohen, 1980: 65, lo que no es lógico para láminas tan delgadas.

Este sistema de fabricación de vainas, que en Aquitania existe tanto para los modelos con guarda y antenas curvas como para los de guarda y antenas en ángulo recto, es el que sin duda correspondió a la pieza de Llagostera, puesto que todavía conserva su placa de embocadura. La fragilidad del tránsito de la pieza de embocadura hasta los carriles laterales provoca en muchos casos su fractura, sobre todo si para su inutilización en sepulturas se ha separado la vaina de la espada, lo que explica que muchas veces no llegue a conservarse entera. Los botones en anverso y reverso de la vaina de Llagostera, a su vez, pueden explicarse como puntos de atadura para el revestimiento de cuero que ocuparía el cuerpo de la misma.

El grupo I

Agrupamos, pues, como modelo predecesor a las espadas de tipo Quesada II aquellos ejemplares típicamente aquitanos con guardas y antenas curvas, remates con disco central, empuñadura de doble cilindro con lengüeta o espiga y hoja recta generalmente nerviada (Fig. 9, 1). Abundan en este tipo las decoraciones damasquinadas en bronce con círculos concéntricos en guarda y antenas y series de anillas en la empuñadura. Las vainas de este tipo son mixtas y se dividen en tres tramos: 1) El extremo proximal, que consta de una pieza de embocadura doblada sobre sí misma cuyo reverso muestra una abertura a la altura de los hombros y cuyo anverso⁹ conserva la forma en negativo de la guarda y hembrilla tubular horizontal de suspensión; 2) La parte central, constituida por dos placas de cuero reforzadas por dos carriles laterales de hierro. Al menos la placa de reverso seguiría cubriendo la longitud de la vaina hasta los hombros; 3) El extremo distal o contera; placa envolvente de forma rectangular, con la base recta y de sección losángica en el extremo.

Hasta hoy, el único ejemplo que conocemos de este grupo en la Península Ibérica es el de Llagostera. Sin embargo, hay numerosos ejemplares en el suroeste francés que comparten características con ella, aunque se conservan en un estado muy fragmentario (Fig. 8). El más destacable entre ellos quizás se encuentre en la embocadura de vaina de Mont-de-Marsan (Fig. 8, 2), con la hembrilla desaparecida y decoraciones de los tipos comentados más arriba.

⁹ Aunque parece complicado distinguir qué lado pertenece al anverso y cuál al reverso, de hecho está claro que el lado destinado a ser visible (es decir, el anverso) es siempre aquel sobre el que se cruza la hembrilla, y por ende el que no tiene la abertura longitudinal, puesto que normalmente cuando se conserva decoración en la vaina, lo hace en ese lado. Por otra parte, los modelos hallstáticos que sirvieron de patrón para las primeras espadas de tipo La Tène celtas también tenían la hembrilla, aunque de otro tipo, en sentido horizontal y en el anverso, al contrario de lo que más adelante será propio de sus vainas (Rapin, 1999: 42 y Fig. 4B)

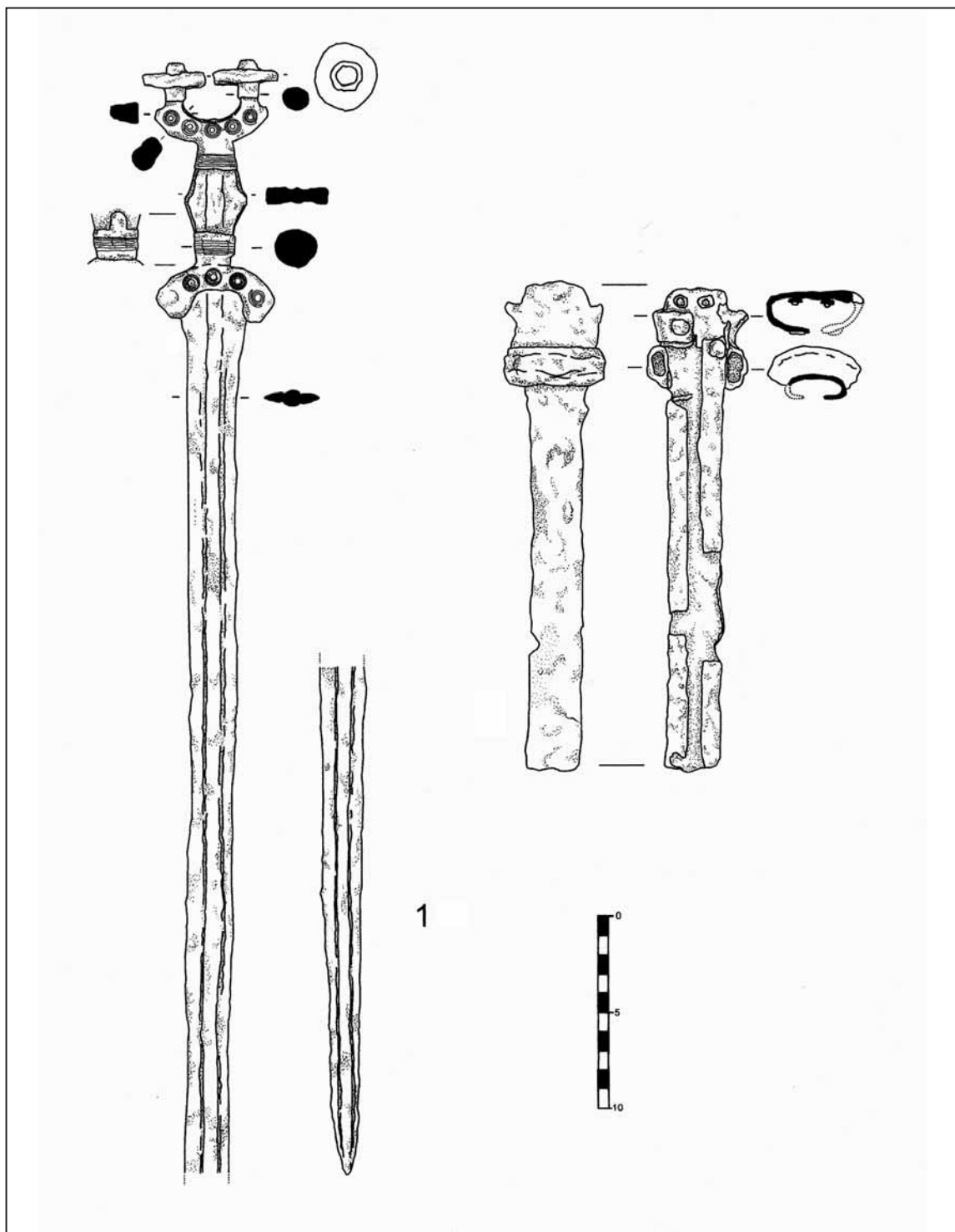


Fig. 9. 1 - Espada y fragmento de vaina de Llagostera. Grupo I. Desdoblada en el dibujo. La hoja aparece cortada artificialmente por motivos de escala.

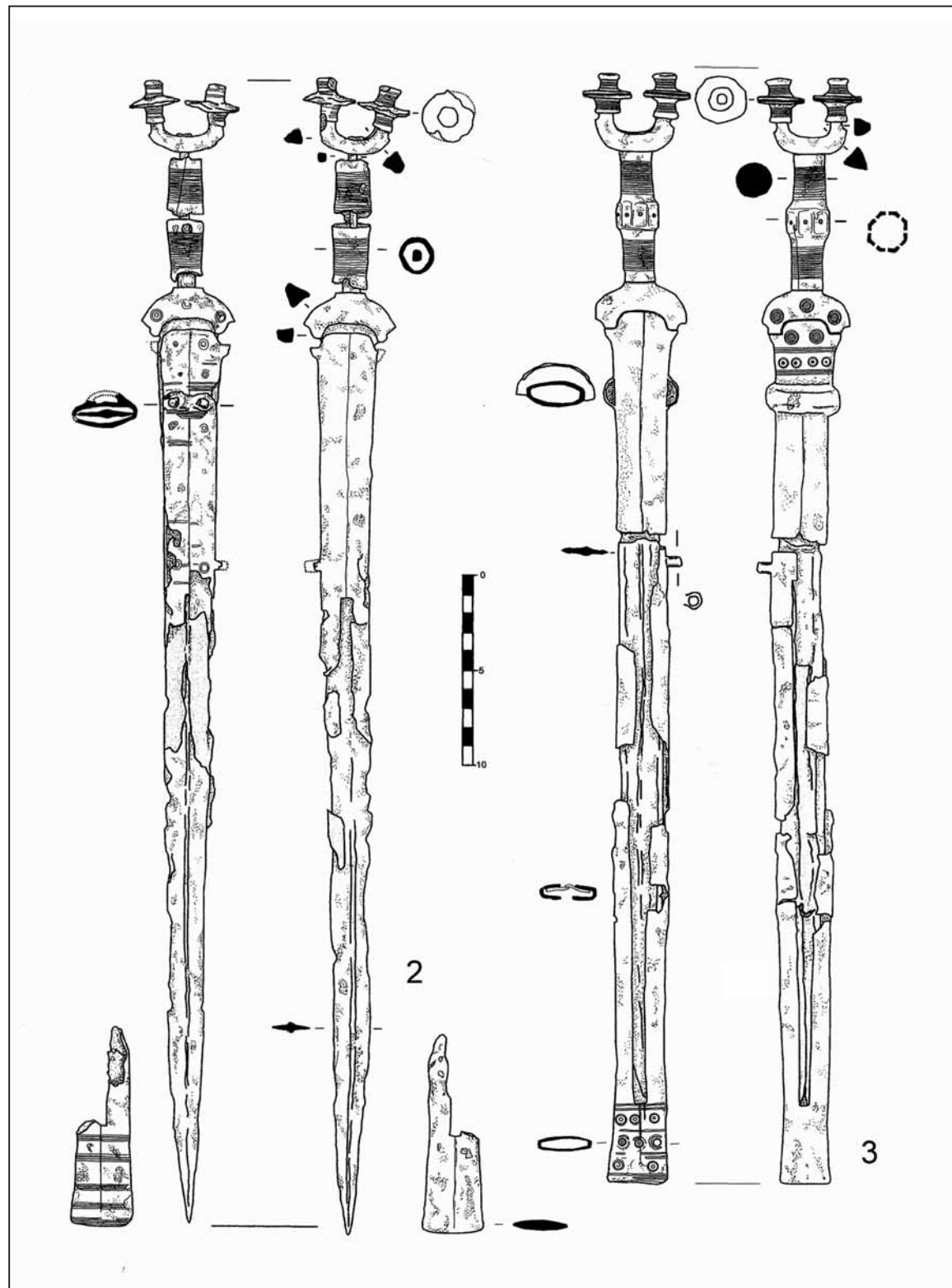


Fig. 10. Espadas de tipo Echauri/Quesada II. Grupo II: 2 - Aguilar de Anguita (MAN 40/27/AA/154); 3 - MAN 2003/114/1; Col. Guttman. 2: Desdoblada en el dibujo.

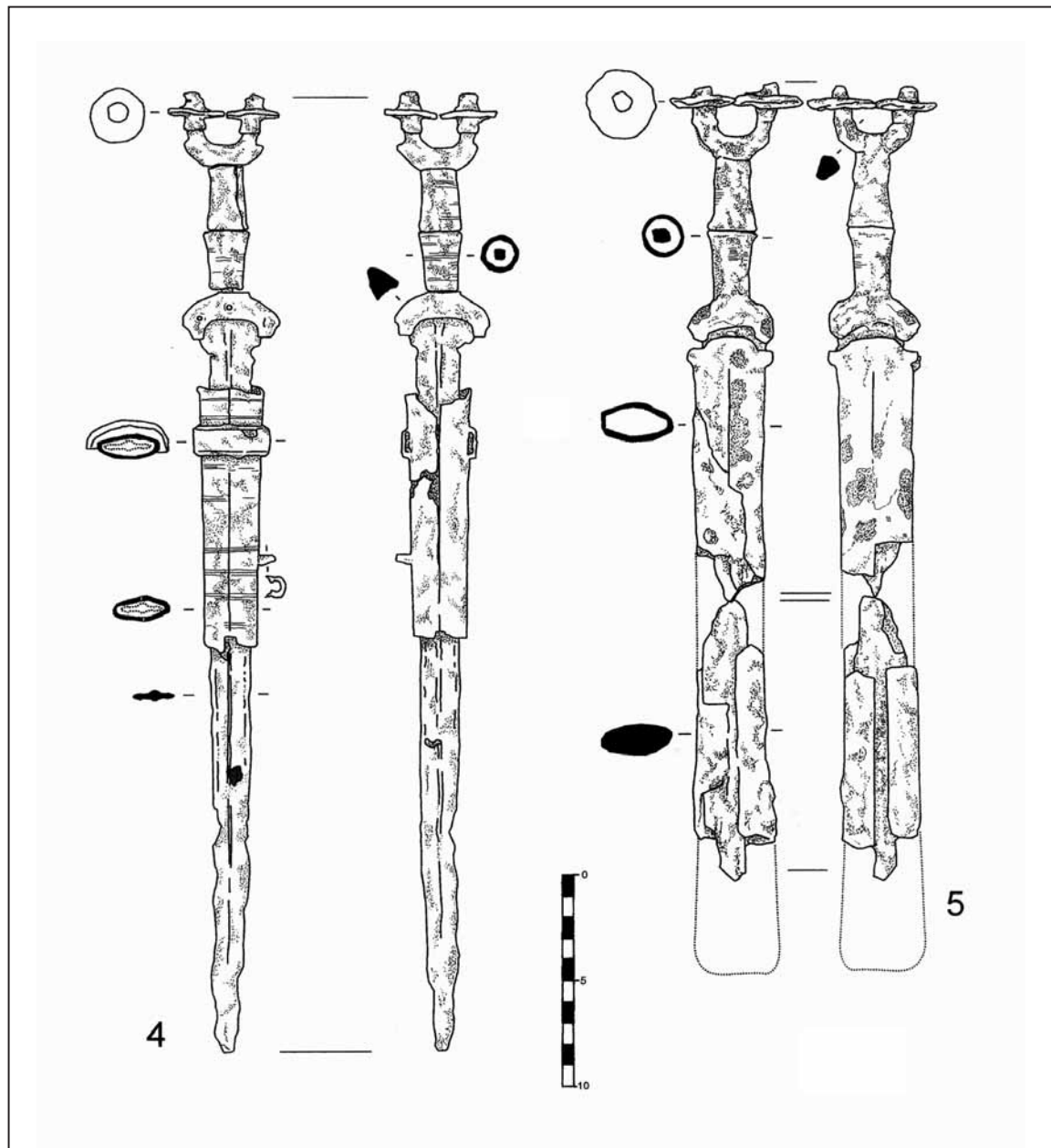


Fig. 11. Espadas de tipo Echaury/Quesada II. Grupo II: 4 - Echaury; Grupo III: 5 - Aguilar de Anguita (MAN 1940/ 27/AA/ 1205). 4: Desdoblada en el dibujo.

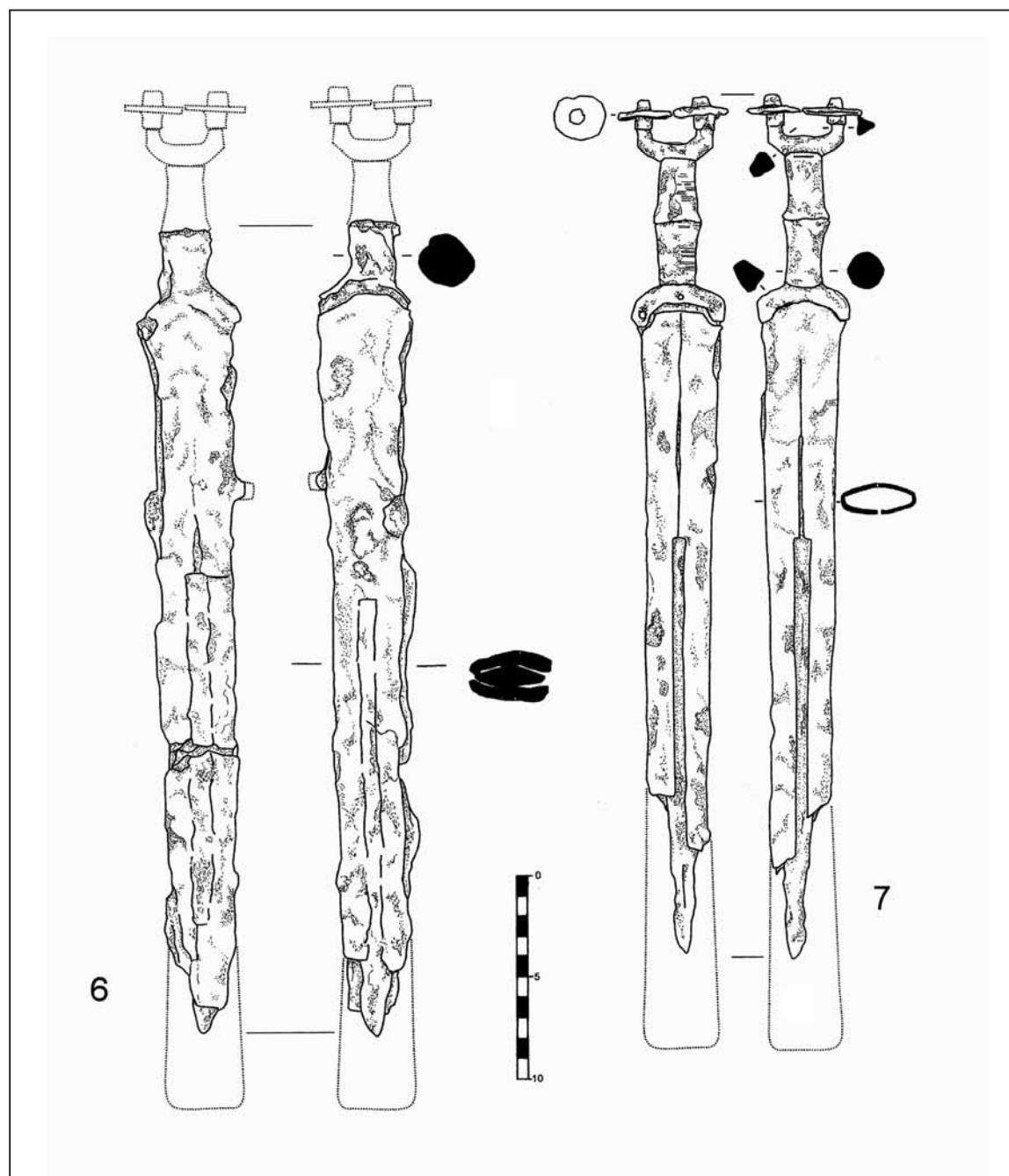


Fig. 12. Espadas de tipo Echauri/Quesada II. Grupo III: 6 - Carabias (MAN 40/27/CA/466); 7 - Aguilar de Anguita (MAN 1940/ -/AA/ 1915). 7: Desdoblada en el dibujo.

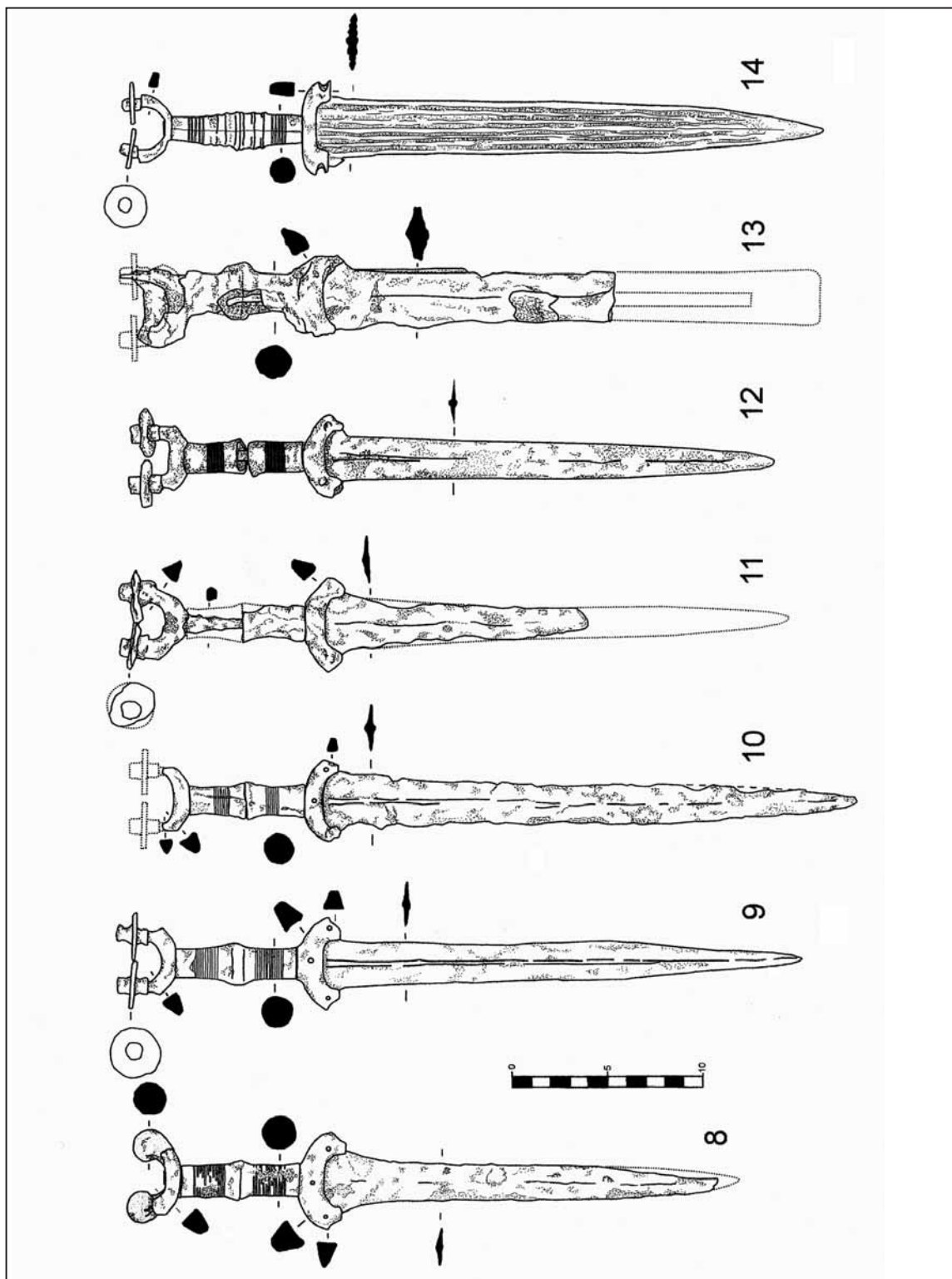


Fig. 13. Espadas de tipo Echauri/Quesada II e híbrido. Grupo III: 8 - Quintanas de Gormaz (MAN 33841a); 9 - MAN 2003/114/3, Col. Guttman; 10 - MAN 2003/114/4, Col. Guttman; 11 - Carabias (MAN 40/23/CA/362); 12 - La Requijada de Gormaz (Col. particular), a partir de foto en Cabré de Morán, 1990: Fig. 6,2; 13 - Aguilar de Anguita (MAN 1940/ 27/AA/ 1205); 14 - Híbrido Quesada III/II (MAN 2003/114/2), Col. Guttman.

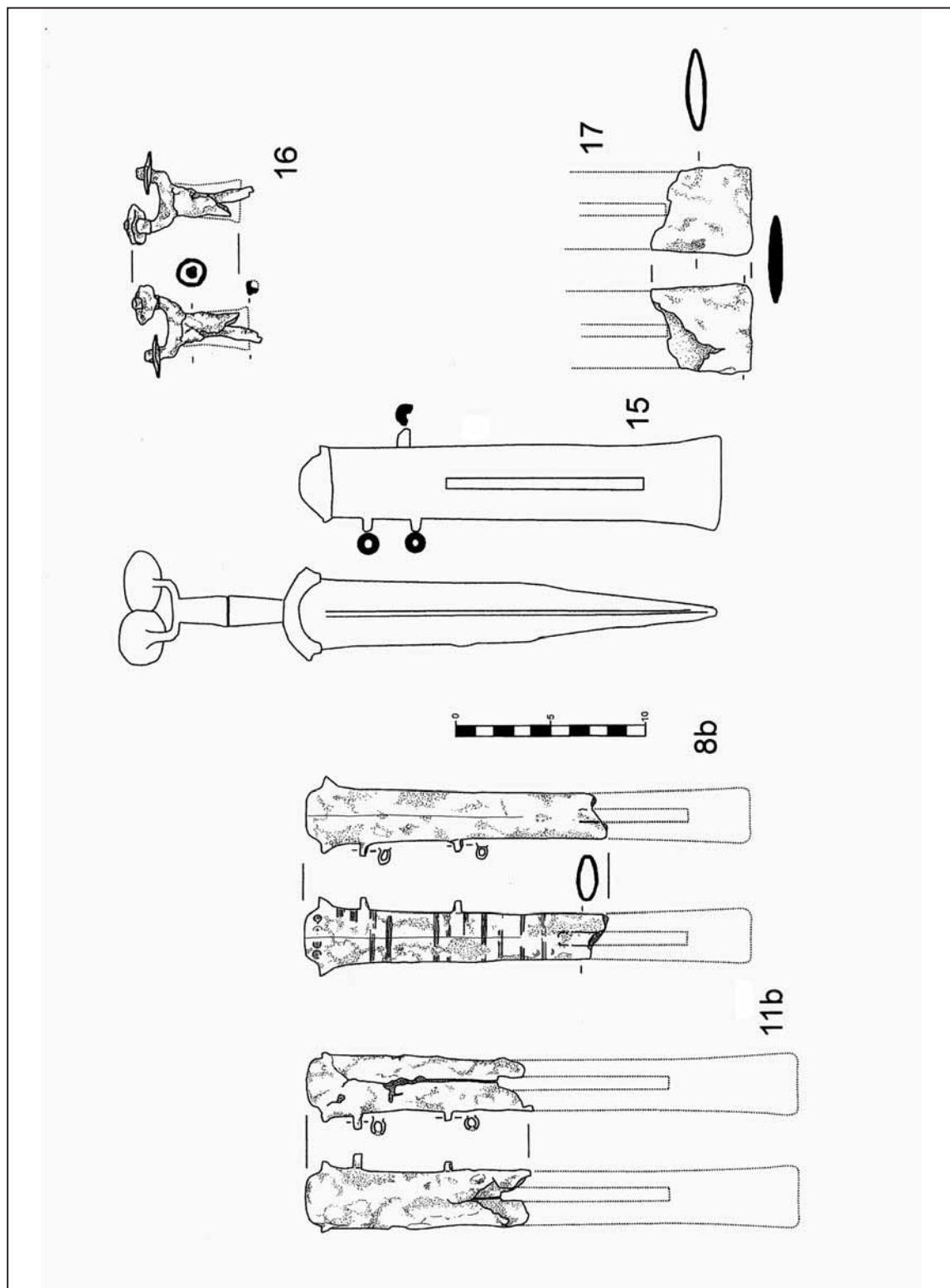


Fig. 14. Vainas y espadas de tipo Echaury/Quesada II. Grupo III: 11b- Vaina de Carabias (MAN 40/23/CA/371); 8b- Vaina de Gormaz (MAN 33841b). Grupo IV: 15 - Colección Perez Aguilar, según Alvarez *et alii*, 1990: Fig. 4, 2, reescalado. 17 - Echaury (Museo de Navarra). 16 - Fragmento de antenas y espiga. Carabias (MAN 40/27/CA/301).

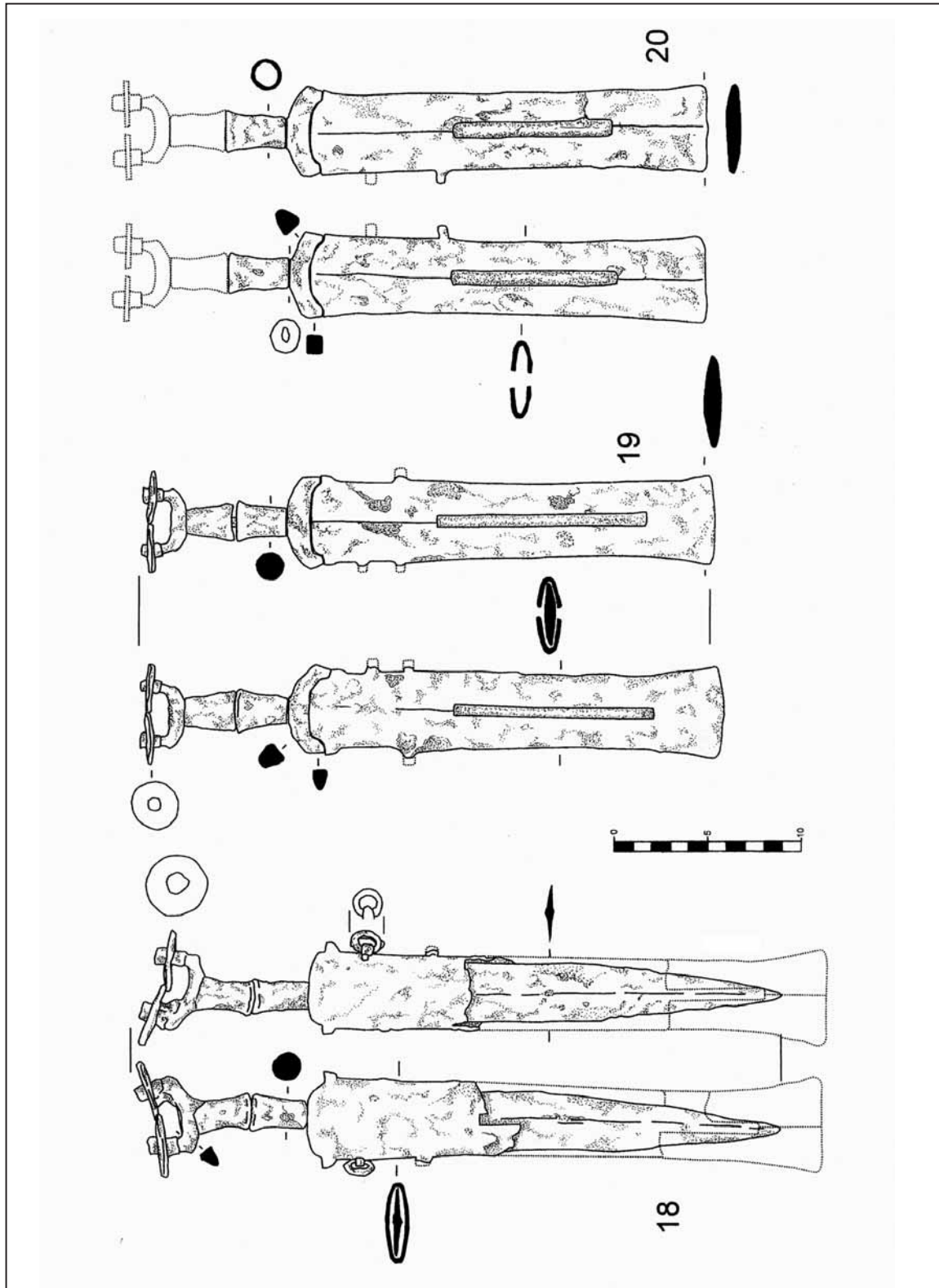


Fig. 15. Espadas de tipo Echaury/Quesada II. Grupo IV: 18- Altillo de Cerropozo, Atienza (MAN 1940/27/AT/193a), la contra según Cabré, 1930: lám. XII; 19- Sep. 15, La Mercadera (MAN 76/60/15/1); 20- Sep. A, Quintanas de Gormaz (MAN 1919/2/25). 19: desdoblada en el dibujo.

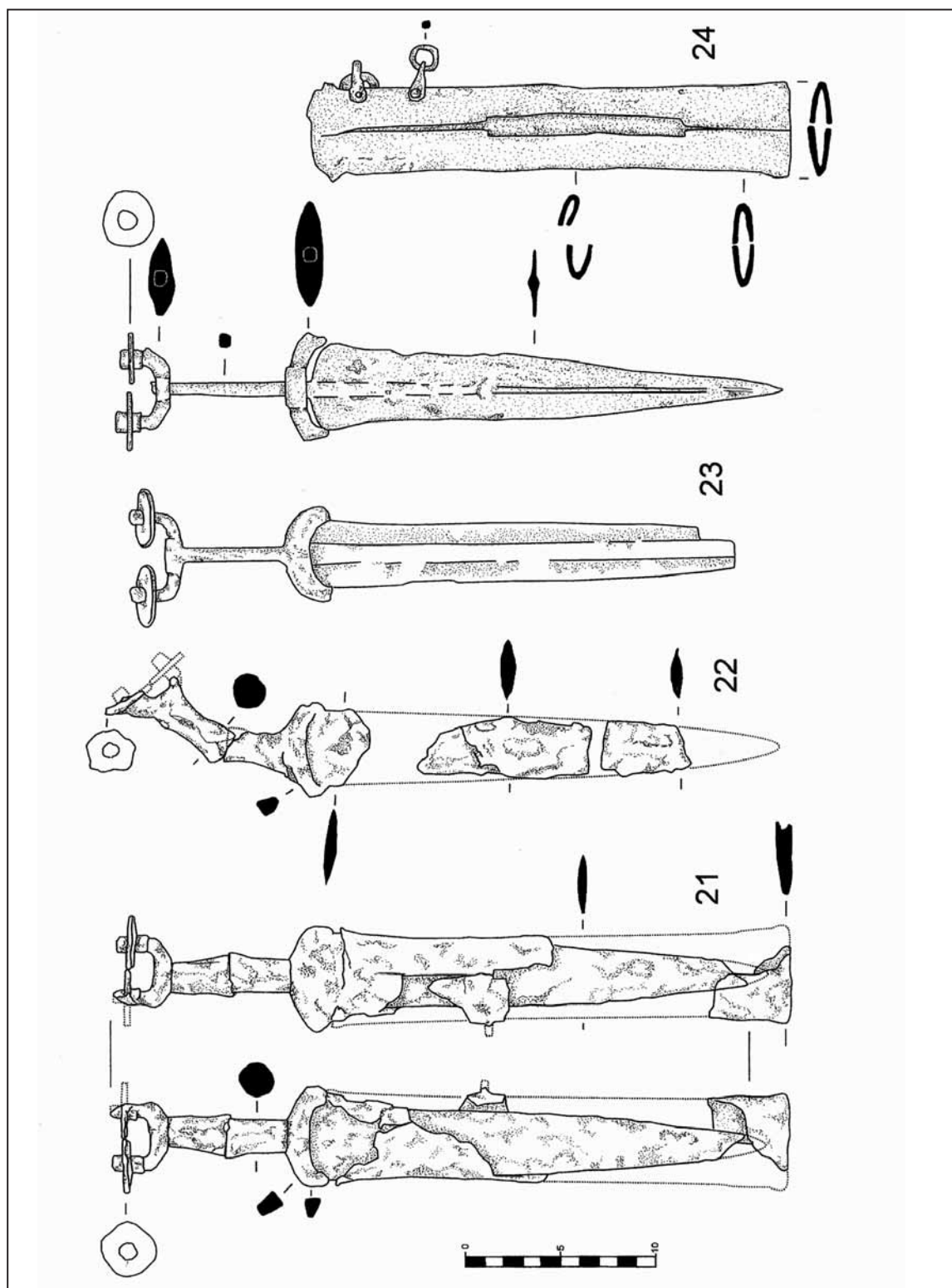


Fig. 16. Espadas de tipo Echaury/Quesada II. Grupo IV. 21 - Carabias (MAN 40/27/CA/608; 40/27/CA/310 y 40/27/CA/311); 22 - MAN 40/27/9/298 y 40/28/04/157; 23 - Aguilar de Anguita, según Schule, 1969: Taf. 6,1 (la escala es estimada); 24- Sep. 131, Carratiermes (según dibujo de Antonio Lubias en Martínez, 1992: Fig. 1), reescalada.

3. DESARROLLO DE LAS ESPADAS

Los prototipos transicionales

Vistas las características morfológicas de las espadas y vainas que constituyen el embrión del tipo Quesada II, tan sólo hay que seguir el hilo evolutivo a partir de modelos intermedios entre el grupo I y los grupos constituyentes de la variedad más conocida de estas espadas.

La propia lógica apunta a un punto flaco en la fabricación de las vainas por la notable sensibilidad de su zona central en contacto con los extremos, por lo que el desarrollo tecnológico de las mismas se centrará en solucionar dicho problema. Laurent Dhennequin (Dhennequin, 1999: 165) ya comentó en su trabajo que los modelos más tardíos del Hallstatt D aquitano se limitaron a suplir la placa central de anverso en material perecedero por otra de hierro que envolvía la placa de reverso; es decir, prolongando el mismo sistema que la pieza de embocadura¹⁰.

La solución alternativa pasó por el simple ensanchamiento de los carriles laterales, lo que acabó por eliminar la abertura longitudinal del reverso y por dar origen a la ranura tan típica de las vainas del tipo Quesada II y a otro concepto por completo distinto de su fabricación (*V. infra*). En esta línea de acción es donde topamos con nuestro Grupo II en la evolución de estas espadas.

El grupo II

Contamos tan sólo con tres piezas que pertenecen a este grupo. La primera está por completo fuera de contexto, y pertenece a uno de los ejemplares adquiridos por el M.A.N. de la Colección Guttman (MAN 2003/114/1; Fig. 10, 2), que ha sido publicado recientemente por Magdalena Barril (Barril, 2004).

Los rasgos más llamativos de esta pieza empiezan por su generosa decoración damasquinada en bronce¹¹, basada en los mismos patrones que hemos visto para los ejemplares del grupo precedente. Se decoran en este caso incluso los remates de las antenas, las dos partes del cilindro de la empuñadura y sólo la cara de anverso de la guarda. Las antenas están por completo libres de ornamentación, pero no ocurre así con la vaina, que combina en su embocadura combinaciones de círculos concéntricos (algunas con orificios centrales en vez de los hilos de bronce) con bandas horizontales. Curiosamente, en lo que constituye toda una excepción, la contera se decora en su reverso y no en el anverso, con patrones ornamentales similares (Fig. 17).

¹⁰ Algunos ejemplos parciales en Mohen, 1980: pl. 123- 20, 21.

¹¹ Bronce binario de proporciones equilibradas según el análisis realizado (Barril, 2004: 23).



Fig. 17. Espada con vaina (anverso) del Grupo II (MAN 2003/114/1). Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

La empuñadura de la espada tiene también una morfología diferente a la habitual, fabricada a partir de dos cilindros unidos en el centro por un anillo de estructura compleja, de sección octogonal con pequeños orificios centrales en los casetones de cada faceta. La hoja de la espada es larga, de lados rectos, con nervio y ensanchamiento cerca de los filos.

La vaina de este ejemplar ya no tiene abertura longitudinal desde los hombros, sino que sus placas muestran sus suturas en el centro de cada lado, mostrando dichas suturas restos de un finísimo hilo de bronce. Su recorrido central tiene los carriles mucho más anchos, evidenciando una ranura rectangular muy característica, cuyo interior queda cubierto en el anverso por una delgadísima placa de bronce. La suspensión de la vaina es en este caso mixta, y pese a conservar la hembrilla horizontal incluye también en uno de sus lados un anclaje lateral para la anilla que serviría para darle cierta horizontalidad en el porte. Un interesante detalle radica en que su posición se sitúa en el lado izquierdo del anverso, lo que sin duda indica que se suspendía del lado derecho de la persona que la portaba.

Pese a que hoy esta espada se conserva prácticamente recta, en la zona quebrada entre la parte superior de la ranura y el anclaje lateral, se observa como en su día estuvo doblada, y probablemente fue enderezada y restaurada con anterioridad a su subasta.

Más o menos por ese mismo sector se conserva todavía hoy doblada la otra espada de este grupo: el ejemplar de Aguilar de Anguita MAN 40/27/154 (Fig. 10,1 y Fig. 18).

Sus características son prácticamente idénticas a la pieza anteriormente descrita, con la excepción de dos detalles: el primero en su empuñadura, del tipo clásico con dos cilindros bitroncocónicos; y el segundo en su suspensión:

En efecto, el ejemplar de Aguilar de Anguita no tiene ya hembrilla horizontal tubular, sino que contiene en su anverso el arranque de dos tiras de hierro soldadas que seguramente, como parece desprenderse de las imágenes fotográficas del Marqués de Cerralbo (dibujo en Schüle, 1969: Taf. 6, 2), se cerraban articulando con dos grandes anillas para su suspensión¹². Esta se completaba con un anclaje lateral igual a MAN 2003/114/1, aunque en el lado contrario.

Por último, y para referirnos a sus motivos decorativos, los patrones ornamentales se repiten en los mismos campos utilizados (remates, cilindros, guarda —en anverso—, embocadura, placa de bronce en la ranura de anverso...) pese a que tienen prolongación hasta la parte superior a la ranura. Su contera se decora sólo en el anverso¹³, al revés que su homóloga.

Un patrón más parecido a la pieza anterior se repite en el ejemplar de Echauri que hoy puede verse en el Museo de Navarra (Fig. 11, 1 y Fig. 1). Pese a su estado de conservación algo peor, aún son evidentes muchos de los detalles más relevantes de este grupo. Los restos de decoración en bandas son apenas observables a simple vista en los remates y el puño, pero se siguen mejor en la vaina (sólo en su anverso). Una vez más, es el anverso de la espada la que decora su guarda con tres series de dobles círculos concéntricos. Hay restos (pocos) de la



Fig. 18. Espada y reverso de vaina de Aguilar de Anguita. Grupo II. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

¹² Magdalena Barril ya percibió en este sentido la relación de este rasgo con la suspensión horizontal de la otra pieza de nuestro grupo II, y de ambas espadas con las de tipo «Echauri» (Barril, 2004: 23).

¹³ Aunque hoy día la contera está rota y separada del resto, la imagen que muestra una foto de Cabré posterior a la de Cerralbo (Cabré de Morán, 1990: Fig. 6, 3) muestra claramente su posición original.

placa broncea bajo las ranuras. La vaina ha perdido buena parte de su embocadura y todo su desarrollo a partir del arranque de la ranura, pero aún conserva una hembrilla horizontal (más estrecha y rectangular) y un anclaje para anilla a la derecha del anverso. Su hoja es algo más corta, de unos 35 cms, y al igual que el ejemplar de la Colección Guttman tiene sección con nervio y ensanchamiento lateral.

La fase típica: Los grupos III y IV

La siguiente evolución le corresponde a los que hemos denominado Grupo III y IV en esta clasificación, que constituyen el tipo celtibérico «clásico» de las espadas de tipo Quesada II. Estos grupos se corresponden ya a producciones locales de la Meseta Oriental de cierto éxito e influencia, e incluyen patrones que se repiten en otros tipos celtibéricos de antenas. Con ello no queremos decir que los grupos anteriores no pudieran ser fabricados en esta misma zona o en zonas cercanas, sino que hasta ahora el tipo de producción, como parece indicar el mayor número de piezas de los grupos III y IV, no ha llegado a su momento de mayor éxito.

El paso evolutivo que distingue el grupo II de los grupos III y IV es sencillo, y podemos resumirlo *grosso modo* en tres puntos: la suspensión de la vaina, la hoja de la espada y las decoraciones. A ello podríamos añadir un cuarto punto para el grupo IV: la guarda.

Si bien la vaina es constructivamente una extensión de las del grupo II, con dos placas suturadas en los centros, una ranura central longitudinal y embocadura de costados curvos y hombros rectos que sobresalen de los ejes laterales, contiene ciertas innovaciones de carácter «cultural» (Quesada, 1997: 249-250; refiriéndose a espadas La Tène) en su método de suspensión. Estas innovaciones no son excesivamente importantes en lo que a funcionalidad atañe, puesto que tan sólo significan el abandono definitivo de la hembrilla horizontal a favor de otras anillas laterales que se añaden a la única del grupo anterior. Sin duda, estamos ante una influencia del territorio ibérico, a su vez influenciado por el sistema mediterráneo, que dio mucho resultado en los modelos celtibéricos de antenas, pero que en el caso de las espadas de tipo Quesada II, no llegó a ser tan importante como para suponer el abandono de las vainas enterizas de hierro. El número de anillas de los grupos III y IV oscila entre dos en un lado y a veces una tercera en el otro, habitualmente a la altura de la más alta.

El segundo punto que hemos señalado es la hoja de la espada. En efecto, y aunque disponemos de pocos ejemplares del grupo II, salta a la vista la reducción del tamaño de hoja, y en consecuencia de la vaina, de los grupos III y IV respecto a este¹⁴, y aunque la morfología continúa siendo en ocasiones la misma (ejes rectos y nervio débil), en muchos ejemplos del grupo III hay variaciones sensibles, mientras que en el grupo IV presentan ya disparidades de más importancia.

El tercer y último punto de diferenciación lo hallamos en las decoraciones, que en los grupos más recientes tiende a simplificarse de forma importante hasta desaparecer en algunos casos.

Describiremos puntualmente estos dos grupos para definirlos con mayor claridad:

El grupo III

Contamos al menos con nueve ejemplos del grupo III: dos de la colección Guttman (MAN 2003/114/3 y MAN 2003/114/4) (Fig. 13, 9 y 10; Fig. 19) sin contexto, dos del Teso-

¹⁴ Fenómeno que alcanza todos los tipos peninsulares de antenas de la Segunda Edad del Hierro hasta el tipo Quesada VI («Arcóbriga» de Cabré Aguiló y Cabré de Morán), algo más tardía del tipo que nos atañe (Quesada, 1997: 223-224).

ro de Carabias (MAN 40/23/CA/362 y MAN 40/23/CA/466) (Requejo, 1978: 57) (Fig. 12, 6; 13, 11 y 14, 11b), tres de Aguilar de Anguita (MAN 40/27/AA/1205 (2) y MAN 40/-/AA/1915; una posible cuarta en Schüle, 1969: Taf. 7,3, aunque ha perdido las antenas y el pomo, por lo que es difícil pronunciarse) (Fig. 11, 5; 13, 13 y 12, 7) y dos más en Gormaz: una de La Requijada (según la foto de Cabré en Cabré de Morán, 1990: 210; Fig. 6,2) (Fig. 13, 12), de una colección particular, y otra de Quintanas de Gormaz (MAN 33841) con los remates de las antenas en esferas de bronce, que Quesada catalogó por esa razón en su tipo IIB (Schüle, 1969: Taf. 6,6; Lenerz, 1991: Abb. 75, 4) (Fig. 13, 8 y 14, 8b).

El grupo puede parecer heterogéneo sobre todo por su recorrido de longitud de hoja, puesto que del ejemplar más corto (MAN 33841, de aproximadamente 22 cms.) hasta el más largo (MAN 40/27/CA/466; 35 cms.) hay 13 cms. de diferencia. Ello no es, sin embargo, sorprendente, puesto que tal recorrido suele ser habitual en las espadas de antenas atrofiadas, y coincide exactamente con el recorrido de su coetánea: el tipo Quesada III («Aguilar de Anguita» de Cabré) (Quesada, 1997: 224 y Fig. 125).

La empuñadura del grupo III es la clásica del tipo, con espiga y doble cilindro troncocónico invertido. La guarda es muy parecida a la del tipo II, ancha y de forma curva con gavilanes terminados en forma de «S» más o menos pronunciada, mientras que las antenas conservan la forma curva con rectificado en la parte alta y los remates discoidales habituales, aunque quizás con su parte proximal no tan ancha como la de sus predecesores. Pese a la variedad en las longitudes de hoja, sus formas continúan siendo similares, estrechas, ejes rectos y nervios débiles. Sin embargo, en ocasiones se intuyen formas muy ligeramente pistiliformes (Fig. 13, 8) y a veces puntas triangulares, casi con forma de «lengua de carpa» (Fig. 13, 9).



Fig. 19. Espada del Grupo III de procedencia desconocida. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.



Fig. 20. Anverso de vaina de espada híbrida del tipo Quesada IIB de Gormaz. Grupo III. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

la tumba 9) (Cabré, 1930: 19-20 y l m. XII y XIX, 5) (Fig. 15, 18), otro en La Mercadera (MAN 76/60/15/1) (tumba 15, Taracena, 1932: lám. IV) (Fig. 15, 20 y Fig. 21), una tercera de Quintanas de Gormaz (MAN 1919/2/25), Tesoro de Carabias (MAN 40/27/608; a la que hemos unido los fragmentos 40/27/CA 310 y 311) (Requejo, 1978: 57) (Fig. 16, 21), otra sin contexto claro ( de La Olmeda? Cabré de Mor n, 1990: 209) (MAN 40/27/9/218-

Las vainas, por su parte, constituyen ya el tipo «clásico» con suspensiones laterales, embocadura en omega y ranura longitudinal. Por desgracia, ninguno de los ejemplares ha conservado la contera intacta, por lo que por el momento no sabemos a ciencia cierta si esta se ensancha como en los ejemplares del grupo IV o bien continúa siendo más o menos rectangular como en los grupos anteriores.

En lo que refiere a la decoración, se observa el abandono de los remates como campo (si exceptuamos MAN 33841, cuyas bolas son de bronce), la continuidad general de los hilos damasquinados en los cilindros de la empu adura¹⁵ y la simplificación en la ornamentación de las guardas, donde el rastro de los motivos de círculos concéntricos ha acabado quedando en simples orificios en ocasiones rellenos de bronce. Las vainas en general no muestran decoración, aunque tenemos una excepción significativa en la correspondiente a la espada de tipo Quesada IIB de Gormaz, que sigue los patrones más t picos de los estadios anteriores (Fig. 20).

El grupo IV

El último de los grupos de la espada de tipo Quesada II corresponde también a su etapa morfológica más estandarizada y conocida.

Disponemos de ocho ejemplos de este tipo, repartidos como sigue: un ejemplar de Altillo de Cerropozo (Atienza) (MAN 1940/27/AT/193a; de

¹⁵ En algunos ejemplares mal conservados se observan débilmente algunos restos de las incisiones (Fig. 11, 4-5 y Fig. 12, 7), mientras que en otros su localización sin la debida restauración resulta imposible, y quizás en algunos casos ni siquiera existió.

40/28/04/107) (Fig. 16, 22), una más en Carratiermes (Sepultura 131) (Fig. 16, 23, tomada de Martínez, 1992: Fig. 1), una en Aguilar de Anguita (según Schule, 1969: Taf. 6,1; ilocalizable) (Fig. 16, 23) y la última en la colección Perez Aguilar (según Álvarez *et alii*, 1990:289, 299 y Fig. 4,2) (Fig. 14, 15). A todos ellos habría que añadir una contera ancha procedente del lote de Echauri, que hasta ahora ha permanecido inédita (Fig. 14, 17).

Sus diferencias respecto al grupo III son evidentes en cuanto a las hojas. Estas son generalmente más cortas, de longitud parecida a los ejemplares inferiores de su pariente; pero sobre todo, bastante más anchas (entorno a los 4 cms. de anchura máxima). El nervio se mantiene en algunos ejemplares, mientras que otros muestran secciones lenticulares. La forma de la hoja, sin embargo, es la misma de los demás grupos.

Hay otros elementos divergentes, como la forma de la guarda, que es generalmente algo más recta que la del grupo III, con la posible excepción de la de la colección Perez Aguilar, que no hemos podido examinar personalmente. Algunos dibujos ambiguos (Cabré, 1930: lám. XII) han llevado a algunos autores a pensar que el ejemplar de Atienza tenía la guarda recta (Lorrio, 2005: 162 y 167), pero ello se debe a un error de interpretación: la supuesta guarda no es tal, sino la misma embocadura de la vaina, que se ha doblado hacia fuera a causa de la presión de la guarda, que está introducida dentro de la vaina y no es visible, lo que ha dado lugar a un pliegue de forma rectilínea.

La empuñadura de este grupo sigue el patrón constructivo normal del tipo, aunque en algunos ejemplares (Sep. 131 de Carratiermes; Fig. 16, 23 y Aguilar de Anguita; Fig. 14, 15) no están los cilindros de hierro, que debieron fabricarse directamente en material perecedero, supuestamente madera (Argente *et alii*, 2000: 60).

La vaina del grupo IV, condicionada por la hoja de la espada, es sensiblemente más ancha que la del grupo III, y sus conteras tienden a exagerar su forma de espátula, abriéndose bastante.



Fig. 21. Espada con vaina de tipo Quesada II (Grupo IV) procedente de La Mercadera. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

CONCLUSIONES: LA EVOLUCIÓN DE LAS ESPADAS DE TIPO QUESADA II

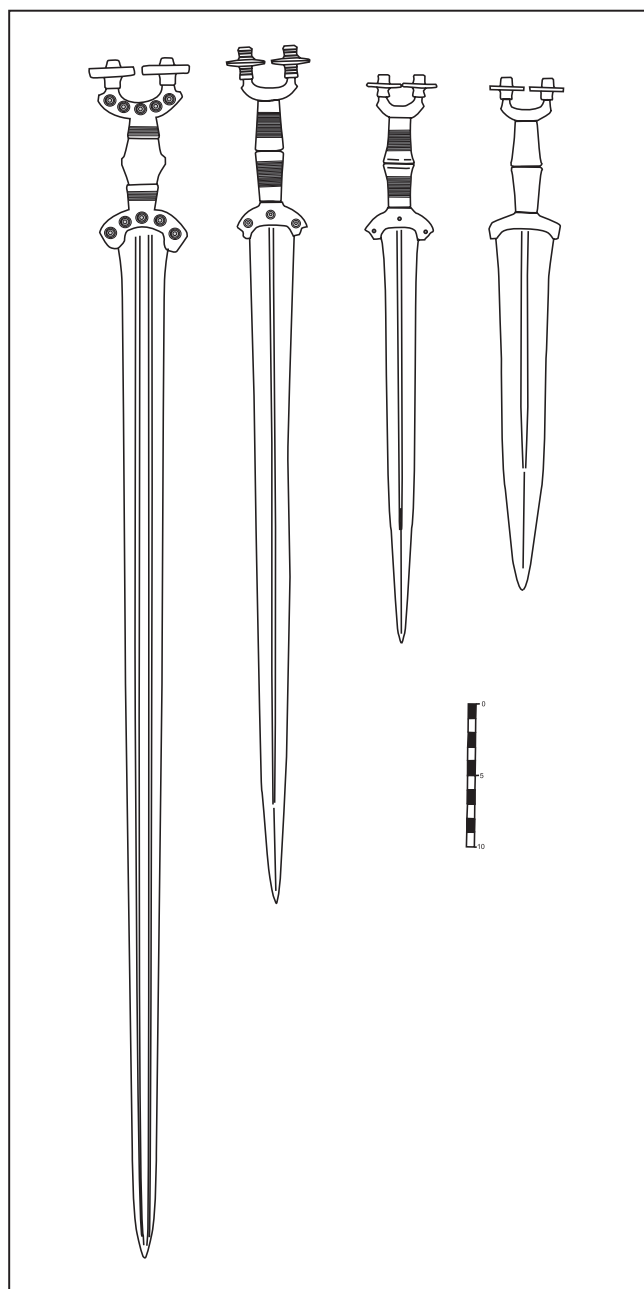


Fig. 22. Restitución comparativa de los distintos modelos de espada de tipo Quesada II según sus grupos correspondientes. 1: Grupo I; 2: Grupo II; 3: Grupo III; 4: Grupo IV.

Aspectos morfotécnicos y tácticos de las espadas

Hemos visto, pues, como los condicionantes morfológicos derivados del desarrollo tecnológico y funcional de estas armas nos ha servido para establecer una seriación en los distintos grupos que participan en la evolución la espada de tipo Quesada II. A continuación, vamos a profundizar en algunos de los aspectos más relevantes de estas distinciones, en especial las empuñaduras, las guardas, las hojas y en último lugar los motivos ornamentales y la configuración y suspensión de las vainas.

El paso del grupo I al II es significativo en cuanto a las empuñaduras. El ejemplar de Llagostera tiene claro origen aquitano en su empuñadura de lengüeta, lo que a la vez es un signo de mayor antigüedad. Sin embargo, y aunque muchas tipologías basan sus modelos en la existencia de espiga o lengüeta (Mohen, 1980; Coffyn, 1974; Dhennequin, 1999), el criterio regional que ello representa no es tan nítido como parece, y la presencia de ejemplares con empuñadura de espiga en la región aquitana (seguramente por influencia del Languedoc) no es nada desdeñable en el Hallstatt D (Mohen, 1980: 64; Lyste 7).

Sea como fuere, la empuñadura y los elementos que la acompañan (guardas, antenas, remates y cachas) constituyen el elemento más inmutable de la espada de tipo Quesada II desde su origen. Al margen de la mencionada lengüeta del ejemplar de Llagostera y la curiosa virola octogonal de MAN 2003/114/1, el puño de estas espadas utiliza siempre el mismo sistema

de doble cilindro troncocónico invertido, al menos hasta que algunos ejemplares supuestamente tardíos del grupo IV (*V. supra*) rehuyen su construcción en hierro. Las antenas son siempre iguales, con los remates más o menos desarrollados y la forma curva con arista, aunque en los ejemplares más avanzados cronológicamente parecen achatare sensiblemente. La

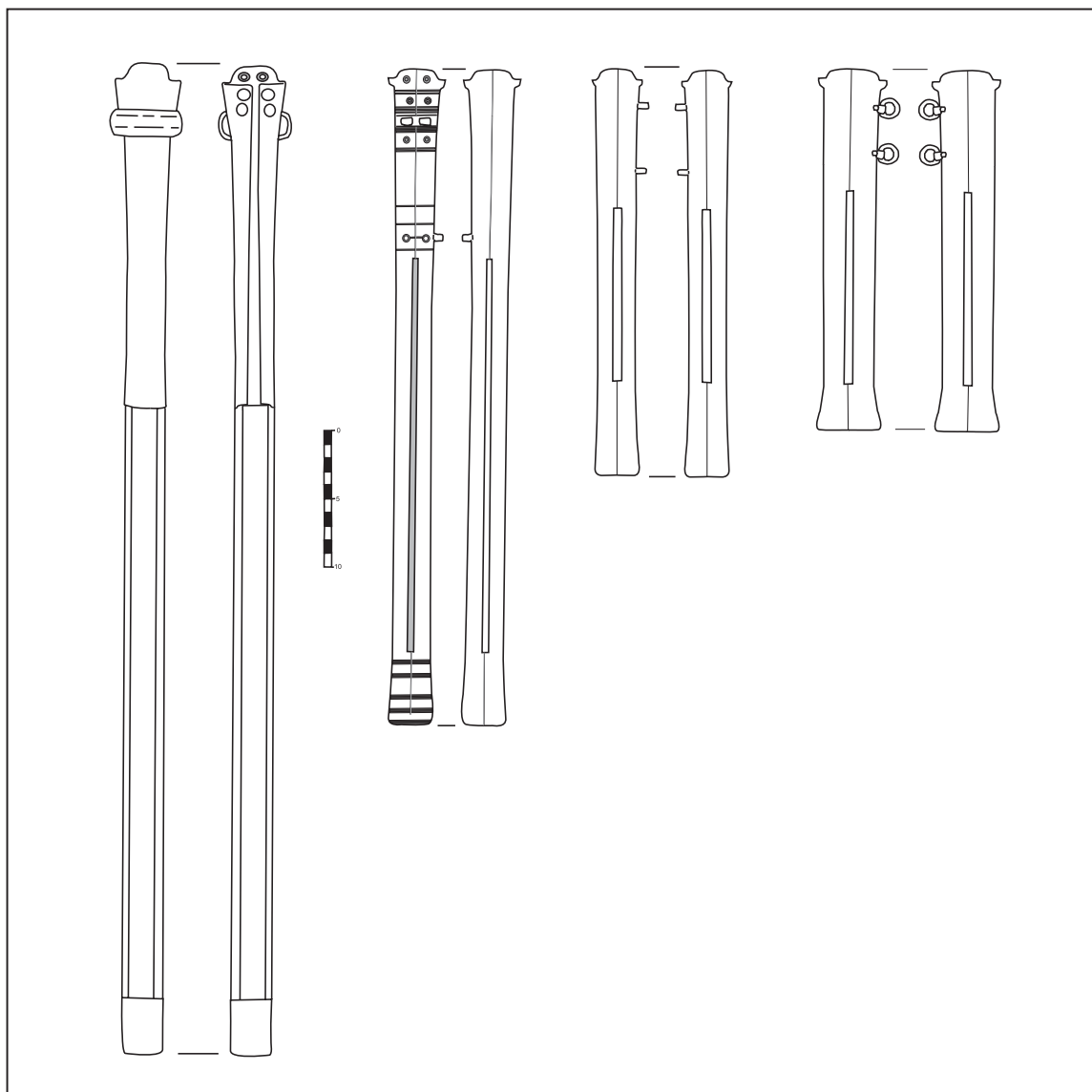


Fig. 23. Restitución comparativa de los distintos modelos de vaina de las espadas de tipo Quesada II según sus grupos correspondientes. 1: Grupo I; 2: Grupo II; 3: Grupo III; 4: Grupo IV.

guarda también está algo más aplastada en los ejemplares del grupo IV, y ello, unido a la mayor anchura de la vaina, provoca la sensación de menor altura para sus embocaduras y una mayor rectitud de la guarda, que en algún caso también abandona la forma sinuosa de sus gavilanes.

Otro comportamiento del todo distinto toman las hojas de este tipo de espada. Si, como hemos dicho, la hoja de la espada de Llagostera es algo exagerada y lo común en los prototipos aquitanos debió ser una longitud de hoja similar al de nuestro grupo II o algo inferior, se observa entre los tres últimos grupos una distinción nítida en cuanto a su variable de longitud de hoja y anchura de la misma:

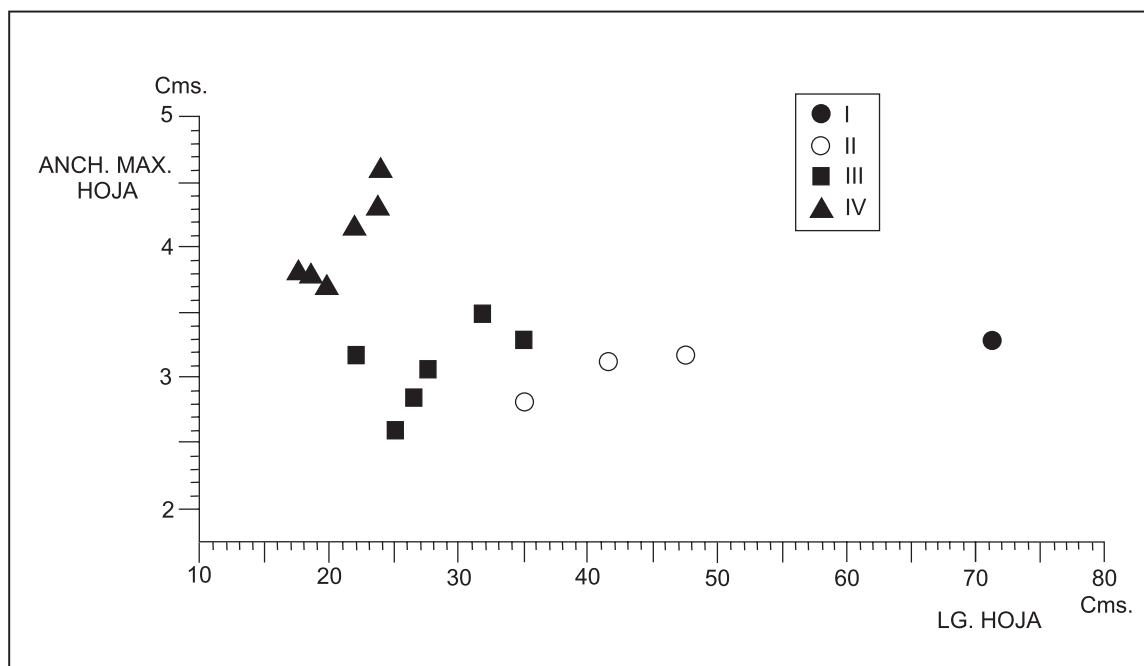


Fig. 24. Gráfico de relación de las hojas de espada de tipo Quesada II según sus grupos. A partir del modelo de I.M. Stead (1983) para las espadas La Tène de Champagne.

Si observamos el gráfico de la Fig. 24, que se basa en el modelo utilizado por I.M. Stead para las espadas de tipo La Tène de la Champagne (Stead, 1983) y compara la anchura máxima y longitud de hoja¹⁶, vemos una diferenciación clara en el campo en que se mueven cada uno de los grupos. El grupo III, como ya hemos indicado con anterioridad, es el que tiene un mayor recorrido de longitud de hoja. El grupo IV, en cambio, se mueve siempre en valores mayores de 18 cms. e inferiores a 25, lo que le da un aspecto corto verdaderamente homogéneo. Ahí entramos en el clásico conflicto sobre la terminología correcta de «espada corta» o «puñal» para estos casos:

La mayoría de los investigadores coinciden en que dicha distinción no es aplicable a partir de su longitud utilizando los mismos patrones de otras regiones europeas¹⁷, puesto que ello provocaría que la mayoría de espadas cortas de la Meseta respondieran al calificativo de puñales. Con ello estamos del todo de acuerdo, pero creemos que en el grupo IV hay suficientes rasgos diferenciadores, no solamente su hoja (*V. supra*), como para plantearnos su adscripción a la categoría de puñales. Ello no es en absoluto relevante, si no es quizás por la posibilidad de ponderar el peso de su posible influencia desde otros o sobre otros tipos de puñal, y ese es un tema en el que no entraremos aquí. Por otra parte, en lo relativo a su funcionalidad, obviamente las proporciones de la hoja condicionan sensiblemente la capacidad táctica de la espada. Los ejemplares de los grupos I, II y III son de hoja estrecha, lo que acentúa y limita su uso al simple ataque de punta (Quesada, 2000 *passim*). El grupo IV, pese a su mayor anchura, tiene una hoja tan corta que igualmente descarta su uso cortante si no es de forma muy limitada. De modo que, pese a que quizás podamos llamar «puñal» a este grupo, no creemos que ello signi-

¹⁶ En los casos en que la longitud o la anchura de hoja no es visible por encontrarse la hoja envainada, tomamos una variable fija a partir del valor medio de los ejemplares en los que se conserva espada y vaina por separado (-0'7 para la anchura, -3cms. para la longitud).

¹⁷ Larga discusión en Quesada, 1997: 273-275.

fique nada a nivel táctico excepto el requerir un mayor contacto con el enemigo para realizar una estocada con éxito. El punto de vista funcional es básico para descartar el peso de la terminología a aplicar; no creemos que los artesanos que fabricaron estas espadas o puñales tuvieran en mente fabricar armas distintas, sino simplemente las fabricaron más cortas y anchas con la intención de cumplir con la misma función que simultáneamente realizaban otros grupos (III) del mismo tipo u otros tipos de espadas de antenas coetáneos a ella¹⁸. Subraya esta idea la posición de dichos elementos dentro de la panoplia que se conserva en sus depósitos funerarios: ninguno de los hallazgos cerrados conocidos con espadas del grupo IV (Sep. 9 de Atienza, tumba 15 de La Mercadera, tumba A de Quintanas de Gormaz y Sep. 131 de Carratiermes)¹⁹ va acompañado de espada, por lo que este grupo debió ejercer su misma función.

La vaina: suspensión y evolución

El principal cambio sufrido por las vainas deriva del ensanchamiento de la parte metálica del centro de la misma, convirtiendo lo que era una vaina mixta en una vaina enteriza y una doble placa de cuero en un pequeño espacio rectangular al que denominamos «ranura». Este cambio provocó una reorientación en la fórmula de construcción de la vaina, que ahora se podía construir de dos piezas laterales unidas en el centro. (Fig. 25). El espacio libre de la

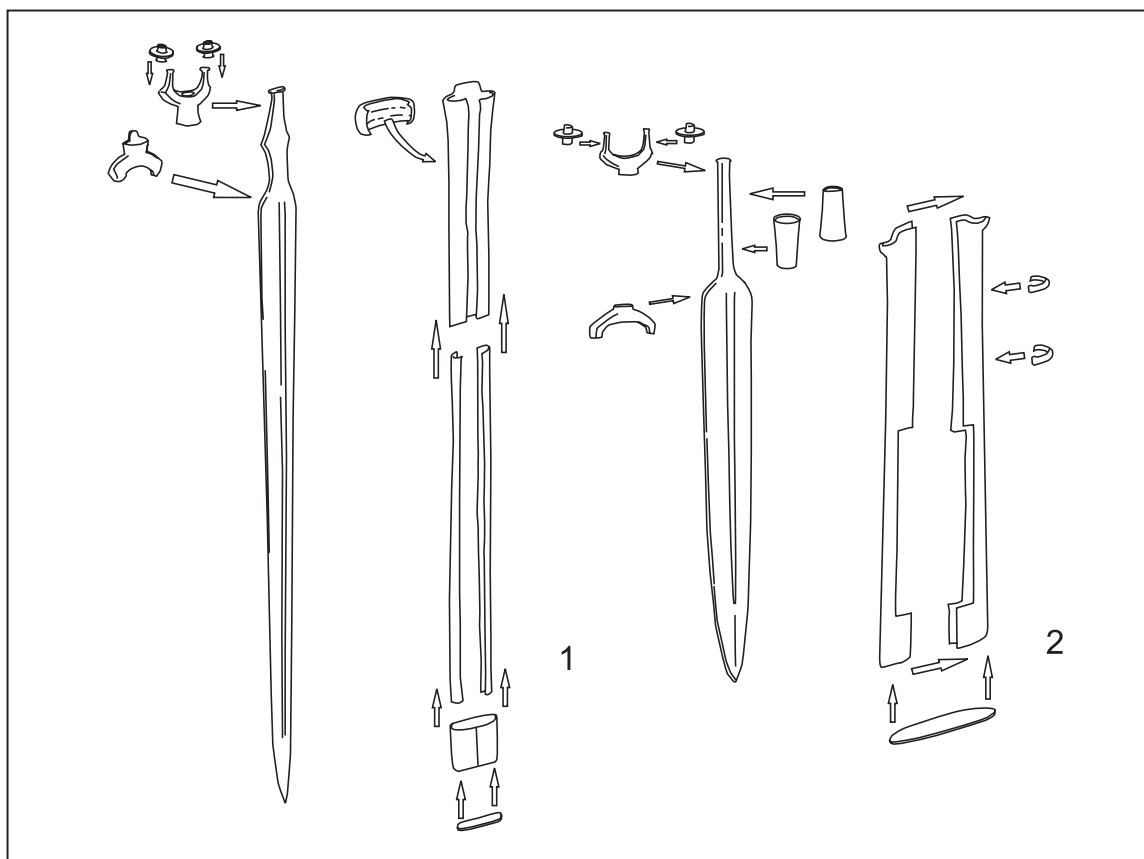


Fig. 25. Reconstrucción hipotética de la transición tecnológica de las espadas y vainas del Grupo I (1) a las producciones típicas de la Meseta Oriental (Grupos III y IV) (2).

¹⁸ En la misma línea, V. Quesada, 1997: 599.

¹⁹ Véase Lorrio, 2005: Fig. 67E, 71B, 72B y Argente *et alii*, 2000: 60-61 respectivamente

ranura y la sujeción de estas dos placas únicamente a través de la soldadura y el extremo de la contera debilitaría la solidez de la vaina (especialmente cuando desapareció la hembrilla), lo que explica que en muchos casos después de su amortización en tumbas aparecieran fracturadas por su centro. Sin embargo, la escasa longitud de la mayoría de estas vainas debió garantizar la subsistencia de estas piezas.

La elaborada vaina enteriza tuvo escaso éxito entre los artesanos celtiberos si comparamos la cantidad de espadas de tipo Quesada II en relación con otros modelos de antenas, y tenemos en cuenta también el uso de este tipo de vaina sólo en este modelo.

Sí proliferaron en cambio los sistemas de vaina mixta, algunas sólo de armazón metálico y cuerpo de material perecedero y otras con embocadura de placa metálica y a veces con contera triangular también de hierro. La pieza de la embocadura de estos ejemplares, que sólo aparece en uno de sus lados, es idéntica a las parientes aquitanas de nuestro grupo I con guarda recta, lo que sugiere una vez más un influjo del suroeste francés para estas vainas, aunque obviamente mezclado con modelos de suspensión ibéricos muy probablemente procedentes de las espadas de frontón.

Ocurrió también otro fenómeno, este en consonancia a los otros modelos de antenas, en la evolución de su suspensión. La hembrilla horizontal desapareció al poco tiempo de aparecer las sujeciones laterales en anilla para su suspensión transversal. El ejemplar de Aguilar de Anguita (MAN 1940/27/AA/154) adoptó un primitivo sistema, soldando sus anclajes en la parte central del anverso y no en los laterales (el mismo lugar que se reservaba a la hembrilla), lo que funcionalmente no deja de ser lo mismo.

La suspensión de las vainas de tipo Quesada II debió ser idéntica a las otras vainas de obra mixta tan abundantes en la Península Ibérica; partiendo de dos puntos de articulación con el tahalí en un lateral y un tercero para aumentar o disminuir su verticalidad. Los casos con sólo dos puntos de anclaje en un lado limitarían su postura a la del tahalí, mientras que los ejemplares arcaicos con solo hembrilla debieron permanecer por completo en vertical, quizás sujetos a un cinturón o, mejor, a una bandolera, por mayor comodidad en espadas largas como la de Llagostera.

Motivos ornamentales

Aunque no es nuestra intención profundizar en ello, no podíamos pasar por alto el hasta ahora poco explotado tema de la ornamentación de las espadas y vainas de tipo Quesada II, que es uno de los rasgos de estas armas que más acuerdan con su procedencia aquitana.

En 1980, J. P. Mohen daba ya cuenta de las habituales decoraciones en las espadas de antenas aquitanas con orificios en las guardas («ocelos»/ *ocelles* en su terminología) e incrustaciones de cobre en el puño, tanto para los tipos de lengüeta como para los de espiga (Mohen, 1980: 63-65 y Pl. 45, 4; 175,1 y 3) y sus vainas.

En la Península, la presencia de líneas de incisión para el damasquinado en cobre en algunos de los ejemplares de su tipo «Echauri» ya fue constatada por M.E. Cabré, pero no así los agujeros o círculos concéntricos de los mismos ejemplares y sus vainas. Tampoco tuvo presente dicha presencia Majolie Lenerz de Wilde en su estudio sobre arte de influencia céltica en la Península Ibérica (Lenerz, 1991: 102-104 y Tab. 3, aunque ausente en trabajos anteriores: Lenerz, 1986), pese a que publica en él un buen dibujo de la espada híbrida de tipo Quesada IIB de Gormaz (*Ibid.*: 103; Abb. 75,4) en que aparecen estos diseños en la vaina. Lenerz clasifica el tipo en sus «puñales de antenas con decoración a bandas horizontales» y busca su origen en puñales hallstáticos de Suiza y el suroeste alemán, a la vez que sitúa dichos motivos ornamentales en una franja cronológica que abarca el siglo V y al menos la mitad del IV a.C.

Lo cierto es que la existencia de damasquinados en combinaciones de círculos no ha sido expuesta, que sepamos, hasta el momento para las espadas de tipo Quesada II. Hallamos estos motivos esencialmente en las guardas (en las antenas sólo en el grupo más antiguo) y sobre todo, las vainas, generalmente asociados a intervalos con las bandas horizontales, en diferentes combinaciones (Fig. 26), a veces con dos, tres y hasta cinco círculos concéntricos.

De hecho, la ornamentación de las espadas de tipo Quesada II y sus vainas no escapa, en ningún momento de su existencia, de ese sencillo patrón, y no llegará a compartir con otros parientes de antenas peninsulares el momento de apogeo que en el siglo IV a.C. vive la ornamentación de dichas espadas a partir de influencias muy distintas. El caso del grupo IV, que sin duda se está usando en dicho momento, no deja de ser curioso, porque no muestra rastro alguno de su decoración. Es posible que ello se deba a problemas de conservación, que escondan bajo el óxido algún motivo ornamental (el estado en que se hallan la mayoría de los ejemplares de este tipo no es excesivamente bueno²⁰). En sentido inverso, los anillos damasquinados de la empuñadura están presentes en otros tipos de antenas (por ejemplo el tipo Quesada III²¹), probablemente más por influencia aquitana que del tipo II, mientras que los circulares están por lo general ausentes²², y sólo tienen presencia en modelos por completo alejados tipológicamente, como los puñales de tipo Mte. Bernorio (Griño, 1989: Tabla I, 57; «fase de desarrollo» de Sanz Mínguez (Sanz, 2002: 96 y fig.



Fig. 26. Detalle de la ornamentación del anverso de la embocadura de vaina y empuñadura de la espada MAN 2003/114/1. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

²⁰ Quizás la próxima restauración de algunos ejemplares que tiene prevista el MAN (Magdalena Barril; com. pers.) revele nuevos datos.

²¹ Cabré de Morán, 1990: 207.

²² Un ejemplo dispar en la empuñadura de una espada de tipo Quesada V (Atance) de La Mercadera (Taracena, 1932: 10, lám. VI), con series cortadas.

2)) o, ya en fórmulas mucho más complejas para las que se ha propuesto relación con simbología solar (Cabré de Morán, 1952), en algunas espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI.

Un dato en extremo curioso radica en el hecho de que sólo suele decorarse uno de sus lados. A excepción de la guarda de Llagostera y la contera de MAN 2003/114/1, ambos casos antiguos, todos los ejemplos decorados utilizan un solo campo (lógicamente el anverso) si no es en su puño, cuyos anillos voltean todo el cilindro.

Hibridación

La hibridación es un fenómeno frecuente en las espadas de antenas en general, y es especialmente importante entre los tipos peninsulares (Quesada, 1997: 216). Dicho fenómeno

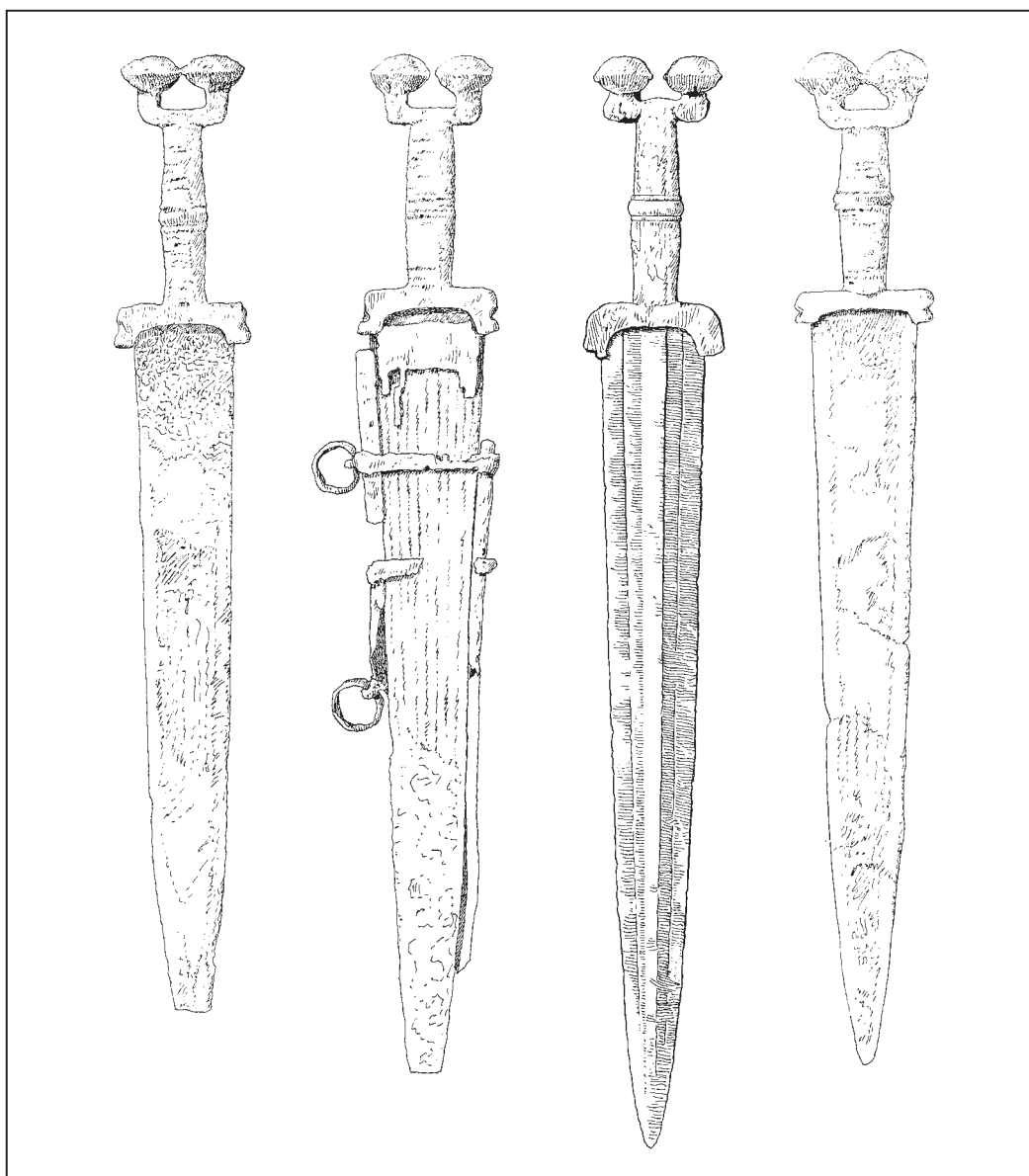


Fig. 27. Algunos ejemplares de espada de tipo Quesada III/Aguilar de Anguita, procedentes de la necrópolis de Aguilar de Anguita. Según Schüle, 1969: Taf. 8, 1-4.

representa la mezcla de diferentes rasgos característicos de uno u otro tipo de espada, generando piezas mixtas que en ocasiones tienen éxito y llegan a gestar nuevos tipos o variantes. Entre las espadas de tipo Quesada II no abundan los ejemplares híbridos, y básicamente se consiguen por la inclusión de partes típicas de su espada coetánea: el tipo III de Quesada, o «Aguilar de Anguita» en la terminología de Cabré (Fig. 27). Sin duda un ejemplo interesante es la pieza de Gormaz (MAN 33841), que remata sus antenas en bolas de bronce o cobre en vez de la acostumbrada «forma de seta», lo que probablemente tenga que ver con aquel tipo (Cabré de Morán, 1990: 209). Esta disparidad le valió su clasificación en la variante «B» del tipo II de Quesada, aunque hasta el momento no se conoce ningún otro ejemplar.

En orden inverso, existe algún ejemplo claramente atribuible al tipo III que incluye atributos típicos del tipo II. Nos referimos en concreto a una pieza de la colección Guttman del MAN (MAN 2003/114/2) (Fig. 13, 14). Esta pieza conserva rasgos de su tipo original como la guarda recta con muescas laterales, la hoja repetidamente acanalada o la empuñadura moldurada, pero incorpora otros, como las antenas con remates en «forma de seta» o las decoraciones en anillos damasquinados en cobre en el puño (Cabré de Morán, 1990: 207), que son normativos en las espadas del tipo II.

Otro indicio de la influencia de la espada de tipo II en otras armas de antenas lo hallamos en el tipo más estudiado por los Cabré, su tipo «Alcacer do Sal» (tipo IV de Quesada) (Quesada, 1997: Fig. 140)²³. En ella son evidentes los conocidos remates característicos que adornan algunos de sus ejemplares, quizás sólo los de cronología más antigua. En estos casos, los discos que aparecen son mucho más gruesos e inferiores en diámetro, y la parte del remate inferior a estos tiende a desaparecer en algunos casos (Castillejos del Jartín), mientras que la superior disminuye ostensiblemente su altura. Las antenas, por su parte, se atrofian considerablemente, aunque probablemente lo hagan más por su relación con las espadas del tipo III que por el sensible inicio de atrofia de los ejemplares más tardíos del tipo II (Fig. 29).



Fig. 28. Espada de tipo Quesada IIB de Quintanas de Gormaz. Los remates esféricos son en bronce. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

²³ Si bien no se nos escapa que su dispersión sólo alcance excepcionalmente la Meseta Oriental (Quesada, 1997: 218-220 y Fig. 122).

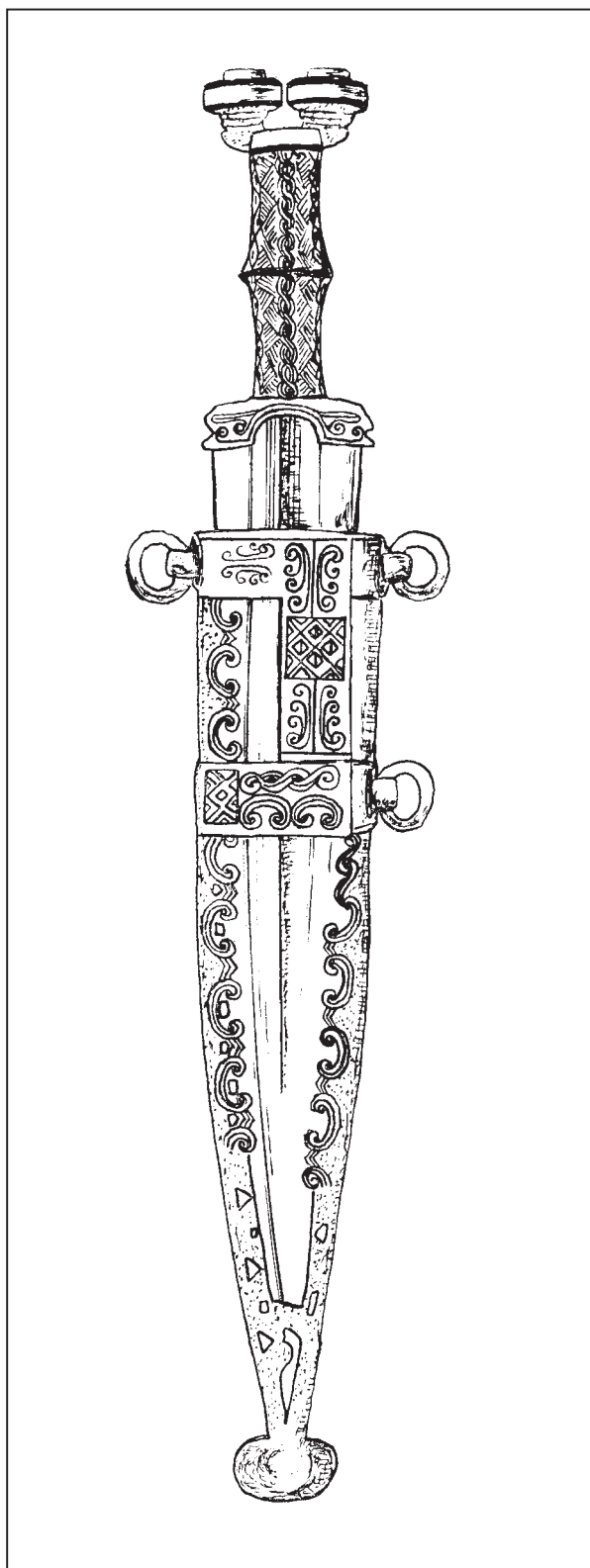


Fig. 29. Espada de tipo Quesada IV/Alcácer do Sal procedente de La Osera. Según Schüle, 1969: Taf. 121, 15.

Por último, lejos ya por completo de la Meseta Oriental, en Larresingle (grupo garonés de Mohen (Mohen, 1980: 140), en el que se incluyen algunos ejemplos emparentados con el origen de la espada de tipo Quesada II), se halló una espada con evidentes similitudes a este tipo (guardas, antenas, surcos damasquinados en el puño) pero con detalles muy propios de la zona aquitana, como los remates bitronco-cónicos, o languedocienses (anillo moldurado) y hoja de sección multifacetada (Fig. 6, 5). Ello constituye una muestra palpable de hasta qué punto los caracteres habituales en uno u otro tipo de espada tienen alcance sobre otros y toman cursos diferenciados.

Problemas de cronología

Aunque la evolución de las espadas de tipo Quesada II parece bastante clara, su orientación cronológica deja mucho que desear. Ello se debe a varios factores: por un lado, la falta de dataciones precisas en la región ultrapirenaica y su mala correlación con las peninsulares (Farnié y Quesada, 1997: 213); por otro lado, la falta de contextos cerrados conocidos en la Meseta, que se limitan sólo a algunos ejemplos del tipo IV; y por último, la escasez de documentación clara para algunos yacimientos.

Se trata, por tanto, de los problemas típicos de las piezas halladas en excavaciones arqueológicas antiguas y para las que se conservan pocos indicios de sus circunstancias de hallazgo. Así, podemos empezar con los peores de los casos, que desgraciadamente son especialmente coincidentes con los grupos iniciales. Nada menos que seis de los veintitrés ejemplares recogidos (Llagostera, MAN 2003/114/1, 2 y 3, La Requijada y Perez Aguilar) proceden de colecciones particulares, lo que complica, salvo quizás para el ejemplo de la Requijada, cualquier hipótesis sobre su lugar de procedencia y cronología.

Para otros casos, la mayoría, la investigación anterior ha basado sus cronologías en los yacimientos a los que pertenecía, lo que ha sido de gran ayuda (Cabré de Morán, 1990 *passim*; Lorrio, 2005: 158 y ss.). Así, por ejemplo, el único ejemplo del tipo II con contexto procede de Aguilar de Anguita, que es una de las necrópolis con espadas de cronología más antigua de la región del Alto Tajo/Alto Jalón (Lorrio, 2005: 135), mientras que los ejemplares del grupo IV pertenecen en su mayoría a yacimientos de cronología más avanzada (Quintanas de Gormaz, Atienza, Carratiermes). El reestudio de algunas de las colecciones pertenecientes a excavaciones antiguas, como la realizada por Magdalena Barril y Virginia Salve entorno a las necrópolis de Aguilar de Anguita (Barril y Salve, 1998) puede abrir también campos interesantes en cuanto a la relación de ajuares en ella representados. Por desgracia, el caso del Alttillo de Aguilar de Anguita tiene una cronología tan dilatada que sus espadas de tipo Quesada II podrían corresponder tanto al siglo V a.C. como al siguiente, por mencionar sólo el periodo de mayor plenitud.

Sólo dos ejemplares han podido ser datados con cierta fiabilidad. El primero refiere a la pieza de Quintanas de Gormaz (MAN 1919/2/25) (Fig. 30), que Encarnación Cabré fechaba a principios del siglo IV a.C. por la fíbula de cabeza de pato que la acompañaba (Cabré de Morán y Morán, 1978) (Cabré de Morán, 1990: 209). La otra pieza, perteneciente a la misma necrópolis, corresponde al ejemplar híbrido del tipo Quesada IIB. Por las idénticas razones, la espada fue datada por la propia Cabré en una fecha algo más avanzada que la anterior (*Ibid.*).

En consecuencia, no podemos más que aventurar una seriación cronológica vaga, que por el momento poco o nada aporta a lo hasta ahora conocido, pero que quizás con el tiempo, y con la ayuda de nuevos hallazgos de unos u otros grupos, llegaremos a conocer mejor. Dividimos, pues, la secuencia evolutiva de las espadas de tipo Quesada II en cuatro fases diferenciadas:



Fig. 30. Espada con vaina del Grupo IV procedente de Quintanas de Gormaz. Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

1) *Fase original:*

A esta fase pertenecen las espadas de antenas aquitanas que sólo ocasionalmente llegaron al sur de los Pirineos. Se trata de armas de claro origen hallstático, todavía asociadas al parecer a sepulturas aisladas «de carácter guerrero» como parece indicar la panoplia de Llagostera. En este sentido, la espada constituye un elemento importante de prestigio por su compleja tecnología, aunque quizás todavía supeditada o igualada a las lanzas, por su evidente preeminencia táctica (Quesada, 1997: 427).

Recientemente, Cristina Farnié y Fernando Quesada (Farnié y Quesada, 2005: 216; 223-224 y 230) han argumentado la relación de algunas espadas de antenas peninsulares de la Primera Edad del Hierro con el carácter marcadamente móvil de guerreros aristócratas que facilitaron la tarea de difusión de los tipos, a su vez incentivada también por la presencia de artesanos itinerantes que fabricaron armas a petición. Dicho esquema parece todavía aplicable al grupo I de las espadas de tipo Quesada II, aunque probablemente en fechas algo recientes, entorno a finales del siglo VI e inicios del V a.C. Otros ejemplos al margen del de Llagostera deberán irse incorporando a esta tendencia para poder ser algo más fiables en su cronología, que no deja de ser tentativa y condicionada por la posterior evolución tecnológica del tipo.

Tanto por lo que refiere a su lugar de origen como por su transformación rápida en otros tipos, nos parece más adecuado definir todavía a este grupo dentro de un horizonte cronológico norpirenaico, el Hallstatt D, que alcanza hasta mediados del siglo V a.C.

Fase Prototípica:

A caballo entre la primera y la siguiente fase, o mejor como una subfase de la anterior, hallamos una serie de novedades constructivas en las vainas de espada de tipo Quesada II. La aparición de elementos como la ranura o el anclaje lateral de suspensión de los ejemplares del grupo II atestiguan su fabricación a partir de patrones nuevos, ya condicionados geográficamente al Sur de los Pirineos, en el eje navarro-meseteño. Ello enlaza bien con la presencia de artesanos itinerantes adaptándose a las necesidades concretas de la población aristocrática local mejor que con la fabricación local de dichos modelos, puesto que por ahora su número es bastante escaso en comparación con los grupos posteriores derivados de este.

Resulta complicado aventurar una fecha para tales espadas, pero creemos que un margen entre el segundo cuarto y mediados del siglo V a.C. sería lo más adecuado, lo que no deja de ser completamente hipotético. La presencia de la pieza de Aguilar de Anguita se asocia bien con esta época, pero tanto sus variaciones en la suspensión del anverso como la propia cronología de la necrópolis podrían estar indicando una fecha posterior.

Fase Típica/Desarrollada:

Dentro de esta fase, que supone el momento álgido de la espada de tipo II en la Meseta Oriental, se incluyen los grupos III y IV. La alta frecuencia de estos grupos en esta zona indica ya una producción claramente autóctona y perfectamente adaptada a las necesidades o gustos de sus portadores (hojas cortas, suspensiones por anillas...). Poco sabemos de la datación de los ejemplares del grupo III excepto para su ejemplar híbrido de tipo Quesada IIB, que ya hemos dicho que Cabré data en el siglo IV a.C. Aunque este ejemplar podría ser bastante moderno, no deja de ser significativo la decoración de su vaina, que todavía conserva los mismos patrones de las piezas más arcaicas. Otras piezas híbridas como MAN 2003/114/4 se ajustan también, por su hoja, a esta fecha.

No parece haber diferencias cronológicas entre este grupo y el grupo IV, puesto que también este tiene presencia datable (Gormaz) dentro del siglo IV a.C. No obstante, sus diferen-

cias en la guarda y su aparente falta de decoración lo separa considerablemente del otro grupo, por lo que es posible que su aparición fuera algo más tardía.

En consecuencia, y siguiendo a la investigación anterior, podríamos fechar ambos grupos entre mediados-finales del siglo V a.C. y el segundo/tercer cuarto del siglo IV a.C., momento en que el esplendor de esta espada quedará suplido por otros modelos de antenas autóctonos o importados de regiones lindantes.

Es significativo que la inmensa mayoría de los ejemplares pertenecientes a esta fase se encuentran en la Celtiberia y no más allá, pero algunos ejemplos hasta ahora desconocidos como el fragmento de contera de Echauri (v. *supra*) y una espada muy recientemente hallada en Castillo de Castejón (Faro *et alii*, 2002-2003: 69)²⁴ permiten constatar su presencia fuera del área meseteña y su extensión al norte del Ebro, lo que constituye un detalle verdaderamente interesante que habrá que ponderar a medida que aparezcan otros hallazgos en esta u otras zonas.

Fase de extinción:

Al parecer, pues, las espadas de tipo Quesada II no vivieron la época de mayor esplendor de las espadas de antenas atrofiadas (Cabré de Morán, 1990: 213) en la que estas diversifican sus tipos (tipos IV, V y VI de Quesada, «Alcacer do Sal», «Atance» y «Arcóbriga») y complican sus decoraciones. Serán estas nuevas producciones las que irán sustituyendo nuestras espadas y supondrán la adopción definitiva de las vainas de tipo mixto y el rechazo de las enterizas, hasta el punto que incluso las espadas de tipo La Tène que serán producidas en la Meseta lo harán, en contra de toda la tradición europea, mediante el uso de vainas de armazón metálico y cuerpo de materia orgánica (Quesada, 1997: 243-260; su tipo VIIC-D).

La espada de tipo Quesada II es, pues, una de las principales producciones armamentísticas de la Meseta Oriental durante el siglo V a.C. y parte del IV (Fase IIA de Lorrio, 2005: 156-183)), aunque su número hasta ahora recuperado es bastante bajo (sólo 24 ejemplares conocidos, de los cuales 20 son producciones autóctonas seguras). Su influencia del suroeste francés constituye un testimonio idóneo del fuerte peso de las producciones del norte de los Pirineos como modelos de desarrollo morfológico y tecnológico de las armas celtibéricas a principios de la Segunda Edad del Hierro.

AGRADECIMIENTOS

No podemos menos que agradecer el apoyo de aquellos que nos han dado a conocer o han puesto a nuestra disposición algunos elementos de auténtica relevancia sin los que difícilmente habríamos podido realizar este trabajo: Gabriel de Prado (MAC-Ullastret), Isabel Miquel, Marta Albà (Museu de Llagostera), Fernando Quesada (UAM), Magdalena Barril (MAN) y Jesús Sesma (Museo de Navarra).

²⁴ Dicha espada fue hallada en la sepultura nº 44, acompañada por un *soliferreum*. Todavía se halla en restauración, por lo que se hace difícil por el momento, y a falta de un examen detallado, determinar el grupo al que pertenece. Sus medidas (Lg. Max. 47; Lg. vaina: 33'5; Lg. Empuñ.: 13'5; A. Max. vaina: entorno 6 cms.(sic.)) (Castejón, 2002: 221) acercan la pieza al grupo II o mejor al III, puesto que no parece tener hembrilla, aunque su anchura parece excesiva, y sólo se entendería como perteneciente a un grupo aparte, quizás junto al fragmento de espada MAN 40/27/CA/401 (4'5 de anchura máxima en la hoja) procedente de Carabias, que no aparece en este estudio precisamente porque por sí solo acarrea demasiados interrogantes. Agradecemos a José Antonio Faro todos los datos facilitados.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA y GAMBOA, E., MARQUÉS DE CERRALBO (1916): *Las necrópolis ibéricas*. Asociación Española para el progreso de las Ciencias, 2. Madrid.
- ÁLVAREZ GRACIA, A.; CEBOLLA BERLANGA, J. L.; BLANCO MORTE, A. (1990): «Elementos metálicos de tipo celtibérico : la colección Perez Aguilar». F. BURILLO (coord.) 1990: *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988). Madrid: 287-304.
- ARGENTE, J. L. ; DÍAZ, A. ; BESCÓS, A. (2000): *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica. Campañas de 1977 y 1986-1991*. Memorias, Arqueología en Castilla y León, 9. Valladolid.
- BAQUEDANO, M.^a I.; CABRÉ, E. (1997): «Caudillos celtas y armamento de parada». *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid: 261-269.
- BARRIL VICENTE, M. (2004): «Espada de tipo Echauri». *Catálogo de la exposición: La herencia del pasado (II). Últimas adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (2002-2003)*: 23.
- BARRIL, M.; SALVE, V. (1998): «Reexcavando Aguilar de Anguita a través de los documentos escritos y los materiales depositados en el M.A.N.». *Kalathos*, 17: 47-90.
- BOSCH GIMPERA, P. (1921): «Los celtas y la civilización céltica de la Península Ibérica». *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones*, 19: 248-301.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica del Altillio de Cerropozo, Atienza (Guadalajara)*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 105. Madrid.
- CABRÉ DE MORÁN, M. E. (1952): «El simbolismo solar en la ornamentación de espadas de la II Edad del Hierro céltico en la Península Ibérica». *Archivo de Prehistoria Levantina*, III: 101-116.
- CABRÉ DE MORÁN, M. E. (1956): «Notable espada de antenas de La Osera». *Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, 4. Madrid: 753-758.
- CABRÉ DE MORÁN, E. (1990): «Espadas y puñales de las Necrópolis Celtibéricas». F. BURILLO (coord.) 1990: *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988). Madrid: 205-225.
- CABRÉ DE MORÁN, E.; BAQUEDANO BELTRAN, I. (1991): «La guerra y el armamento». *Los celtas en la Península Ibérica. Número especial de la Revista de Arqueología*: 58-71.
- CABRÉ DE MORÁN, E.; BAQUEDANO, I. (1997): «El armamento céltico de la II Edad del Hierro». *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Madrid: 240-259.
- CABRÉ, M. E.; MORÁN, J. A. (1978): «Fíbulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 9: 8-22.
- CASTEJÓN (2002): *Castejón. Cuatro milenios de Historia. Catálogo de la Exposición en la Casa de Cultura*. Octubre, 2002-enero 2003. Castejón.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Excavaciones en Navarra, VIII. Pamplona.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A.; SESMA SESMA, J. (1988-89): «Piezas metálicas de la protohistoria navarra: armas», *Zephyrus*, XLI-XLII: 383-404.
- COFFYN, A. (1974): «Les épées à antennes du Sud de la France». *Revue historique et archéologique du Libournais*, 42: 63-71.
- DÉCHELETTE, J. (1927): *Manuel d'archéologie préhistorique celtique et gallo-romaine III. Premier Age du Fer ou époque de Hallstat*. Paris.
- DHENNEQUIN, L. (1999): «L'armement dans le Sud-Ouest de la France au début de l'Âge du Fer». *Antiquités Nationales*, 31: 159-170.
- FARNÍE LOBENSTEINER, C.; QUESADA SANZ, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 2. Murcia.
- FARO, J. A.; CAÑADA, F.; UNZU, M. (2003): «Necrópolis de El Castillo (Castejón. Navarra). Primeras valoraciones campañas 2000-2001-2002». *Trabajos de Arqueología navarra*, 16: 45-78.
- GARCÍA HUERTA, M. R. (1980): «La necrópolis de la Edad del Hierro en La Olmeda (Guadalajara)». *Wad-al-Hayara*, 7: 9-33.
- GRÍÑO, B. de (1989): *Los puñales de tipo Mte. Bernorio-Miraveche. Un arma de la Segunda Edad del Hierro en Cuenca del Duero*. BAR International Series, 504. Oxford.
- LENERZ DE WILDE, M. (1986): «Art Celtique et armes Ibériques». *Revue Aquitania. Supplément*, I: 273-280.

- LENERZ DE WILDE, M. (1991): *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, II vols. Stuttgart.
- LORRIO, A. J. (2005): *Los celtíberos*, 2.^a Edición ampliada y actualizada. Real Academia de la Historia, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25, Madrid.
- LORRIO, A. J. (2002): «Problemas de cronología en la panoplia celtibérica». MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coord.) 2002: *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*. Collection de la Casa de Velázquez, 78, Madrid: 65-85.
- MARTÍN, A.; GENÍS, M. T. (1993): «Els jaciments ibèrics del Puig de la Serra (Serra de Daró). Segles VI-IV a.C». *Estudis del Baix Empordà*, 12: 5-48.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, C. (1992): «El armamento de la necrópolis celtibérica de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria): espadas y puñales». *II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria, 1989), I. Soria: 559-569.
- MOHEN, J. P. (1980): *L'Age du Fer en Aquitaine*. Memoires de la Societé préhistorique française, 14. París.
- PUJOL PUIGVEHÍ, A. (1989): *La población prerromana del extremo nordeste peninsular*, II vols. Bellaterra.
- QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum, II vols. Montagnac.
- QUESADA SANZ, F. (2000): «¿De filo o de punta?. La Antigüedad hispana». *Catálogo de la Exposición «El filo de la cultura»* (Valencia 2000). Valencia: 138-149.
- QUESADA SANZ, F. (2005): «Patterns of interaction: «Celtic» and «Iberian» weapons in Iron Age Spain». *Celtic Connections, II: 10th International Congress of Celtic Studies*, (Edinburgh, 1995). Edinburgh.
- RAPIN, A. (1999): «L'armement celtique en Europe: chronologie de son evolution technologique du Ve au Ier s. av. J.-C.». *Gladius*, XIX: 33-67.
- REQUEJO OSORIO (1978): «La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)». *Wad-al-Hayara*, 5: 49-62.
- ROVIRA, S. (2004): Metalurgia celtibérica: estado de la cuestión y nuevas perspectivas. BARRIL, M.; RODERO, A. (eds.) 2004: *Novedades arqueológicas celtibéricas*. Madrid, Museo Arqueológico Nacional: 63-84.
- SANDARS, H. (1913): *The Weapons of the Iberians*, Oxford (versión española de C. Renfrey de Kidd).
- SANMARTÍ, J. (1991): «Las Necrópolis Ibéricas en el area catalana». *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (Madrid 1991), Universidad Autónoma de Madrid, *Varia*, 1: 77-108.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (2002): «Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular». MORET, P.; QUESADA SANZ, F (coords.) 2002: *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid: 87-133.
- SCHULE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, II vols. Berlin.
- STARY, P. F. (1994): *Zur eisenzeitlichen bewaffnung un kampfesweise auf der iberischen halbinsel*, II vols. Berlin-New York.
- STEAD, I. (1983): «La Tène Swords and Scabbards in Champagne». *Germania*, 61: 487-510.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1932): *Excavaciones en la Provincia de Soria*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 119. Madrid.
- TARACENA AGUIRRE, B.; VÁZQUEZ DE PARGA, L. (1945): «Excavaciones en Navarra II. Una prospección en los poblados de Echauri». *Príncipe de Viana*, 19: 185-206.

ESPADAS											
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
GRUPO	I	II	II	II	III	III	III	III	III	III	III
Lg. Max.	84'3	60	53'8	46'8	37'7*	39'8*	41'8	31	35'7	36'3	24'5*
Lg. Hoja	71'3	47'5	41'2	35	26'5*	35	31'7	20'5*	25	27'7	13'7*
A.max. Hoja	3'3	3'2	<3'8	2'8	3'2	<4'5	3'6	3'2	2'6	3'1	3'1
A. Guarda	6'2	4'8	4'8	4'6	4'2	4'9	4'5	5	4'8	4'3	4'9
A. Antenas	5'8	4	4	3'8	3'8		3'7	3'7	3'4	3'2	3'6
Di.max. Cilin.	2'2	2	2	2'1	2'3	2'5	2'3	2'1	2'2	2'2	1'5*
Dia. Remate	3'2	2'8	2'8	2'6	3'3		2'7	1'6	2'7		2'4
Alt. Remate	2	2'3	2'3	1'8	1'8		1'5	1'6	1'6		1'4
Lg. Empuñ.	6'4	7'1	7'1	6'1	6'5	3'3*	6'2	6'1	6'3	6	6'1
VAINAS											
Lg. Max.	25*	32* >48	45'5	12'5*	21'3*	34'5*	26'5*	>20			11'8*
Lg. Ranura	23'7	13'7*	27'6	0'6*	1'5*	17'3	15'1*	2'5*			1'4*
A. Ranura	0'7	0'7	0'7	0'6		0'8	0'7	0'7			0'7
Alt. Emboca	1'2	0'7	0'7		0'5		0'7	0'8			0'6
Al. efec. hemb.	1'6		1'8	1							
A. Contera		3'2	3'1								
A. Emboc	4'3	3'5*	3'8		4'1	4'3	4'2	4			3'7

Figuras. 31 y 32. Cuadro de relación de las principales medidas conocidas para las piezas comentadas en el texto (en cms.). (*): Valores incompletos; (**/***): Valores aproximados, a partir de otros dibujos publicados. Los números de la primera fila refieren a las series de las figs. 9-16.

Recibido: 17/06/2006

Aceptado: 23/06/2006